

Richard Ford

Manual para viajeros por España y lectores en casa

sobre el país y sus ciudades, costumbres de sus habitantes,
su religión y sus leyendas, las bellas artes, la literatura,
los deportes, la gastronomía y diversas noticias sobre su historia

Observaciones generales

Traducción de Jesús Pardo

Título original: *A Handbook for Travellers in Spain and Readers at Home / Preliminary Remarks*

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total o parcial de la obra, ni su tratamiento o transmisión por cualquier medio o método sin la autorización escrita de la editorial.

Copyright © 2008, Turner Publicaciones S.L.
Rafael Calvo, 42
28010 Madrid
www.turnerlibros.com

© “Un trabajo de amor”, Lily Ford, 2008
© “Breve historia del *Manual para viajeros por España* de Richard Ford”, Ian Robertson, 2008 (De su traducción, Antonio J. Iriarte, 2008)
ISBN (Obra completa): 978-84-7506-856-5
ISBN (Tomo I): 978-84-7506-859-6

Diseño de colección: The Studio of Fernando Gutiérrez
Compaginación y corrección: EB8
Ilustración de cubierta: Mapa de España, 1846

Las imágenes de este libro han sido reproducidas con el amable permiso de Francis Ford, excepto las imágenes 6 y 6a, 13, 13b, 13c y 13d, 14 y 16, cedidas por Ian Robertson.

Depósito legal:
Printed in Spain

ÍNDICE

“Un trabajo de amor”, por Lily Ford	I
Breve historia del <i>Manual para Viajeros por España</i> de Richard Ford, por Ian Robertson.....	III

Observaciones generales

Prefacio	1
Panorama de España	5
El dinero español	9
Pasaportes	15
Carreteras	23
Modos de viajar y de correspondencia en España. Correos	27
Viajes con caballos de posta	31
Correo montado	35
Vehículos públicos en España. El correo. Diligencias.....	37
Paradores. La fonda. La posada. La venta	43
Viajes en calesa	59
Ladrones y precauciones a tomar contra ellos	67
Viajes con muleros	77
Viajes a caballo	85
Caballos españoles. Consejos para los viajes a caballo.....	91
Criados españoles. Mozo de caballos. Ayuda de cámara. Cocinero. El menú del viajero	103
Barcos de vapor a Gibraltar	123
Lo que conviene observar en España	129
El idioma español	133
La geografía de España	167
Giras	181
Términos eclesiásticos y arquitectónicos.....	219
Cronología: la Era. Reyes de España, soberanos contemporáneos y armas reales	227
Autoridades citadas	233

UN TRABAJO DE AMOR
Lily Ford

Al entregar el primer manuscrito de su *Manual*, Richard Ford declaró que había sido “un trabajo de amor”. Tras una estancia de tres años en el país y una afición por las *rerum hispaniae* de varias décadas, podría haber seguido escribiendo sus comentarios infinitamente. La suya es una visión muy particular del país, en una época algo tumultuosa, que Ford retrata con humor, admiración y, a veces, desesperación. Sus observaciones, sin embargo, suelen ser acertadas, y hechas siempre con cariño. No cabe la menor duda de que España fue objeto de una fascinación de por vida para este caballero tan inglés.

A nosotros, sus descendientes, que conservamos un gran aprecio por “las cosas de España”, nos complace mucho la publicación por fin de una versión completa del *Manual* en español. Es nuestra esperanza que, al recorrer estos volúmenes, tal como él recorrió las provincias en su “jaca cordobesa”, los lectores españoles encuentren el mismo placer y entretenimiento que nosotros en la enérgica prosa de Ford.

Lily Ford es cuadrinieta de Richard Ford

BREVE HISTORIA DEL *MANUAL PARA VIAJEROS POR ESPAÑA*
DE RICHARD FORD

Ian Robertson

*E*l *Manual para viajeros por España* de Richard Ford se publicó por primera vez en 1845. Desde entonces, ningún otro libro ha ejercido una influencia comparable a la de esta obra prodigiosa en lo que hace a la percepción, por el viajero culto inglés, del país al que ha quedado indisolublemente asociado el nombre de Ford. Sin embargo, hasta la publicación a principios de la década de 1920 de *Las cosas de España*, traducción de Enrique de Mesa de *Gatherings from Spain*, la colección de ensayos entresacados por el propio autor del *Manual*, a Ford no lo conocían en España sino unos pocos afortunados. La mayoría de los españoles aún tardarían en saber del *Manual*, que no sería publicado, y solo de forma parcial (a falta de las partes dedicadas a tres grandes provincias), hasta medio siglo más tarde, en la admirable traducción de Jesús Pardo. La presente edición, publicada con ocasión del sesquicentenario de la muerte del autor, el 31 de agosto de 1858, es de hecho la primera íntegra en castellano de esta inimitable obra maestra.

“Nunca antes se había presentado una proeza literaria tan grande bajo una denominación tan modesta”, comentó sir William Stirling acerca del *Manual* en su necrológica de Ford: “Ocupó de inmediato un lugar merecido” –seguía– “entre los mejores libros de viajes, humor e historia –literaria, política y artística– de la lengua inglesa”, y así sigue considerándolo hoy día el lector exigente. En verdad, el tiempo en modo alguno ha debilitado el vigor del atractivo estilo de Ford, ni amortiguado la chispeante perspicacia de sus apreciaciones críticas que, como los propios españoles serían los primeros en admitir, siguen siendo hoy en muchos casos tan acertadas como cuando se pusieron por primera vez por escrito.

Hijo primogénito del distinguido magistrado sir Richard Ford, mejor conocido acaso como el creador de la policía montada de Londres, Richard Ford nació en Sloane Street, Chelsea, el 21 de abril de 1796. Su madre, lady Ford, cuyo padre había sido administrador de la East India Company, era una artista aficionada de cierto talento, y enviudó en 1806. El joven Richard sobrellevó todos los

rigores de la acostumbrada educación en Winchester y Trinity College, Oxford, antes de estudiar Derecho; pero, aunque se licenció como abogado, nunca llegó a ejercer: sus intereses eran de orden estético más que legal. De gustos refinados y con medios de fortuna propios, entre 1815 y 1822 hizo varios viajes por Europa, durante los cuales empezó a coleccionar grabados y obras de arte. En 1824, se casó con Harriet Capel, hija natural –y única– de George, quinto conde de Essex, quien fuera amigo de su padre.¹

En octubre de 1830, Ford y su incipiente familia zarparon hacia Andalucía, con la esperanza de que su clima menos riguroso propiciase la mejoría del delicado estado de salud de su esposa. Pasaron los siguientes tres inviernos en Sevilla, y los correspondientes veranos en Granada, antes de regresar a Inglaterra en octubre de 1833. Durante sus tres años en España, Ford hizo numerosas excursiones por toda Andalucía, y llevó a cabo tres expediciones exploratorias más extensas. En la primera de ellas siguió la carretera a Madrid a través de La Mancha, y regresó vía Talavera, Mérida y Badajoz.² En la capital, Ford solía alojarse en casa de su amigo de toda la vida Henry Unwin Addington, por entonces enviado plenipotenciario británico en Madrid. Pasó así muchas horas felices admirando, entre otras obras maestras del Museo del Prado, los cuadros de Velázquez, “en toda su proteica variedad”, que nunca dejaron de reclamar toda su atención. Por descontento, hizo excursiones a Toledo, Segovia y a El Escorial.

En el otoño de 1831, Ford y su mujer viajaron de Granada a Valencia para desde allí subir en diligencia bordeando el litoral hasta Barcelona, y luego visitar Zaragoza y Madrid en el viaje de regreso. En mayo del año siguiente, Ford se dirigió a caballo hacia el norte, vía Río Tinto y Mérida, para ver el puente romano de Alcántara. Desde Plasencia, después de desviarse por Yuste, su ruta siguió por Ciudad Rodrigo, Salamanca, Santiago de Compostela, Oviedo y León, y de allí a Valladolid. No puede sorprender que dijera que una expedición a caballo por España resultaba, para un civil, “casi el equivalente a servir una campaña”. A continuación se dirigió en diligencia a Bilbao, por Burgos y Vitoria, y de vuelta a Sevilla, vía Madrid. Siempre que le era posible, su curiosidad llevaba a Ford a visitar, para poder luego describirlos en detalle, los escenarios de las batallas de la Guerra de la Independencia, libradas apenas treinta años antes, y cuyo recuerdo aún seguía vivo en la mente de muchos de sus contemporáneos, hubiesen tomado parte o no en esa larga contienda. Durante estos largos recorridos, Ford tomaba nota de todo lo que veía y oía en una serie de cuadernos, que llenó con descripciones de los monumentos y obras de arte que más le habían llamado la atención, y que más tarde le resultarían

1 Los lectores interesados en más pormenores biográficos podrán hallarlos en mi *Richard Ford 1796-1858: Hispanophile, Connoisseur and Critic* (Michael Russell, 2004), que también incluye una bibliografía de la obra de Ford.

2 Véase el mapa de las pp. XIV-XV, con los distintos itinerarios de Ford por España entre 1830 y 1833.

de inestimable ayuda. También era un consumado artista aficionado, como su esposa Harriet, y durante su estancia en España realizó más de quinientos bocetos y acuarelas, varios de ellos durante estas expediciones, aunque la mayor parte los dibujó mientras residía en Granada y Sevilla.³

A principios de 1834, Ford y Harriet se separaron en términos amistosos y él se instaló en Exeter (Devonshire), antes de comprar en el pueblo adyacente de Heavitree una casa que habría de albergar la valiosa colección de libros españoles que había iniciado en España, junto con unos cuantos lienzos que también había adquirido allí. Entre estos había obras de Murillo, Ribalta y Zurbarán, aunque vendería varios más adelante, observando que “el placer se halla en la adquisición, no en la posesión”. Ford le daba vueltas a la idea de escribir un libro acerca de su estancia en España. Como él mismo admitió: “Me entretengo mucho con mis libros españoles antiguos, y mis viejos recuerdos de España, y siempre tengo la pluma a mano”. Si bien su intención era elaborar “una especie de *puchero*, una *olla andaluza*” que describiera sin tapujos los aspectos del país que había podido observar en persona –sin el lastre actual de lo políticamente correcto, que Ford hubiera considerado pura hipocresía–, no había previsto la reacción que suscitaron sus primeros borradores. Así, en respuesta a las críticas de Addington, comentó: “Su carta ha hecho que me quede sin aliento en el pecho, sin tinta en la pluma, sin pluma en la mano”. Ford adujo, para excusar su franqueza: “Tenía la impresión de resultar ante todo amigo de los españoles. No creo que sean valientes ni románticos, pero sí que poseen muchas cualidades más que excelentes, y las hubiera alabado convenientemente todas ellas...”; y añadió: “Quiero escribir un libro entretenido, que instruya, y por encima de todo, que sea caballeroso”. Dejando el proyecto de lado por el momento, Ford buscó desahogo a su entusiasmo en el trazado de su jardín y la erección de un pabellón de verano de estilo morisco en Heavitree, tras lo cual volvió a su escritorio para enfrascarse en la redacción de los primeros artículos de la cincuentena de importantes ensayos y reseñas de libros, predominantemente de asunto español, que iría publicando a lo largo de las siguientes décadas, la mayoría en el *Quarterly Review* de John Murray. Entre estos se hallaba *An Historical Enquiry into the Unchangeable Character of a War in Spain*,⁴ un enérgico panfleto de setenta y seis páginas que supuso añadir leña *tory* a la hoguera de la polémica, que por entonces causaba furor, sobre la intervención británica en la

3 Véase *La Sevilla de Richard Ford, 1830-1833* (Fundación El Monte, Sevilla, 2007), catálogo notablemente bien ilustrado de la exposición de mismo nombre, que incluye diecisiete ensayos muy informativos de Thomas Bean, Ian Robertson, así como –entre los muchos contribuidores españoles– Javier Rodríguez Barberán y Antonio Giménez Cruz, y que constituye una nueva prueba de la creciente consideración en que es tenido Ford en España.

4 Traducido por Antonio Giménez Cruz como *Los españoles y la guerra. Análisis histórico sobre la Primera Guerra Carlista y acerca del invariable carácter de las guerras en España*, Ediciones Tayo, 1990.

Primera Guerra Carlista. Al año siguiente, la publicación de su extensa reseña de *Excursions in the Mountains of Ronda and Granada* de Rochfort Scott asentó la creciente reputación de Ford como experto conocedor de España.⁵ En el otoño de 1839, Murray le pidió consejo sobre a quién encomendarle la elaboración de un *Hand-Book for Spain* destinado a la incipiente colección de guías de bolsillo que había lanzado, escritas y editadas por su hijo, John Murray III. Ford no pudo evitar tragarse el anzuelo y, medio en broma, declaró que la escribiría él mismo, para luego no volver a pensar en el asunto hasta que recibió el encargo en firme.

Entretanto, Harriet, que nunca había gozado de buena salud, había muerto de forma repentina en Londres en mayo de 1837, dejándole a Ford el cuidado de criar a sus tres hijos, dos niñas y un muchacho. En febrero de 1838, Ford contrajo segundas nupcias con la honorable Elizabeth Cranstoun, quien resultaría una madrastra cariñosa para sus hijos, además de darle otra hija en 1840.

En septiembre de 1840, de regreso de un largo viaje por Europa, Ford le confirmó por carta a Addington que se había comprometido formalmente a escribir el *Manual*, pero no fue hasta noviembre, ya en Heavitree, cuando se puso por fin a ello, y aun así de forma esporádica, ya que las interrupciones eran frecuentes. Entre estas, las visitas de Pascual de Gayangos, “hispanista y arabista de primera fila”, con quien Ford tuvo trato muchos años, y George Borrow (“Mi estimado Don Jorge”), que se había dirigido inicialmente a John Murray para ver la posibilidad de que publicara su *The Zinicali: or, An Account of the Gypsies of Spain*, libro que el reticente editor había acabado por someter al juicio de Ford. Gracias en buena medida al consejo y constantes ánimos de Ford, Borrow se puso a trabajar en serio en su *The Bible in Spain*.⁶ Es posible que fuera el darse cuenta de la calidad de la obra de Borrow lo que le infundiera renovados bríos a Ford, incitándolo a escribir una guía más ambiciosa, más amplia y detallada de lo que había previsto en un principio; al fin y al cabo, “había recorrido los mismos caminos, pero sin los folletos...”.⁷ Los dos libros de Borrow merecieron

5 Podrá hallarse más información sobre Rochfort Scott, y otros muchos viajeros ingleses tempranos por España, en mi libro *Los curiosos impertinentes* (Editora Nacional, 1977; nueva edición, Serbal y CSIC, 1988). Entre las principales relaciones de viajes por España traducidas al castellano desde entonces se hallan *Viaje por España en la época de Carlos III* de Townsend, traducido por Javier Portus con introducción mía (Turner, 1988); *Cartas de España*, de Jardine, traducido y prologado por José Francisco Pérez Berenguel (Universidad de Alicante, 2001); *Viajes por el sur: cartas escritas entre 1809 y 1810*, de Jacob, traducido y prologado por Rocío Plaza Orellana (Portada, 2002); y *Viaje de Londres a Génova*, de Baretti, traducido y prologado por Soledad Martínez de Pinillos Ruiz (Reino de Redonda, 2005).

6 En traducción de Manuel Azaña, *Los Zinicali* (Ediciones de Nave) y *La Biblia en España* (Jiménez-Fraud) aparecieron en castellano en 1932 y 1921, respectivamente.

7 Juego de palabras intraducible entre *tracks* (caminos, pistas) y *tracts* (folletos, panfletos), que hace alusión al propósito evangelizador de la visita a España de Borrow, por cuenta de The Bible Society [N. del T.]

elogiosas reseñas de Ford, cuyo contagioso entusiasmo es bien evidente en ellas. Los dos autores tenían en común muchas experiencias en España, donde “incluso en las circunstancias más favorables el caminante debe ir armado como si fuera de campaña”, donde “la zamarra y la badana resisten a unas zarzas que desgarrarían sotana y manguitos”.⁸ Ford animó insistentemente a Borrow a escribir su autobiografía, pero este era un personaje complejo, temperamental y susceptible, y muy de albergar resentimientos; para 1851, fecha de la publicación tardía de *Lavengro*, que decepcionó a la crítica y que Ford no se molestó en reseñar, la amistad entre los dos se había enfriado.

Aunque Ford había estimado que sólo le tomaría seis meses completar el *Manual*, la enorme tarea le exigiría a la postre mucho más tiempo. Como era por entonces práctica habitual, Ford fue recibiendo regularmente galeradas para su revisión y corrección, en un laborioso proceso que se convertiría en parte inexcusable de su vida durante varios años. En abril de 1841, informando del progreso de la obra a Addington, a quien le había estado enviando borradores de los temperamentales ensayos introductorios, Ford le explicó que la idea de estos se le había ocurrido sobre la marcha: “Me parece que el viajero alojado en una venta me agradecerá algo de lectura entretenida [...] y espero ofrecerle un atisbo veraz de las costumbres españolas”. En noviembre siguiente, Ford escribía que “pensaba sacar el primer volumen, el preliminar y más difícil, para principios de primavera [...] El siguiente volumen será más mecánico y prosaico, que es lo que quiere Murray; y más tonto soy yo por tomarme tanto trabajo. He estado echando perlas en forma de artículos al pesebre que viene a ser una guía. Sin embargo, habrá buenas cosas en ella”. El progreso fue lento, pero, para finales de febrero de 1843, Ford prácticamente había concluido lo que llamaba “mi pasatiempo personal, y he rellenado un almiar de resmas hablando del pasado y presente de España: antigüedades, arte, historia, costumbres, paisajes, batallas, qué sé yo. Ahora viene lo difícil: podar todo lo bueno y hervir el resto a fuego lento hasta que quede reducido a una hoja de ruta”. Ford siguió acortando y enmendando su texto a lo largo de los siguientes meses, y no fue hasta mediados de octubre cuando, tras mucho “hervir y volver a hervir a fuego lento”, anunció que había “dividido en secciones y rutas, y paginado” el *Manual*, declarando confiadamente que la impresión empezaría en cuanto entregara el original. El parto lo había dejado exhausto. Aunque había resultado “un enorme placer, una gran ocupación”, la tarea de recopilación había resultado casi en exceso rigurosa, pues –como se lamentó a Addington– “la mente no debería estar nunca sometida a un esfuerzo perpetuo”, a lo que añadió: “Por fortuna no hay

⁸ Los manguitos de lino (*lawn*) y la sotana (*cassock*), prendas habituales de la vestimenta de los pastores protestantes aluden, de nuevo, por contraste con los atavíos del pastor, a los viajes evangelizadores de Borrow [N. del T.]

ningún San Yuste [*sic*] en esta tierra protestante, o [...] podría sentir la tentación de hacerme ermitaño y dedicarme a pasar las cuentas del rosario”. Con todo, en mayo de 1844 Ford estaba en condiciones de anunciar que el *Manual* se hallaba imprimiéndose, e iba por la página 264; sin embargo, la costumbre tan española del “vuelva usted mañana” parecía haber arraigado en las oficinas de Murray en Albemarle Street. Aunque en septiembre aún seguían llegándole galeradas a Addington para su atento examen, complejas razones explicaban la demora. Por lo que se refería al joven Murray, la dilación obedecía no sólo al reciente fallecimiento de su padre, sino a su preocupación cada vez mayor por la extensión del libro, que además a duras penas respondía a sus expectativas: era demasiado divagador y porfiado, y contenía demasiadas críticas en exceso mordaces, que podrían herir las susceptibilidades españolas, aunque no fuera esa su intención. Ford argumentó que, en la misma medida en que España resultaba una anomalía, el *Manual*, como reflejo de ella, debía por fuerza apartarse algún tanto de las demás guías. Así, por ejemplo, en lo concerniente a sus descripciones de los hechos de la Guerra de la Independencia española –uno de los aspectos de mayor interés para los ingleses que por entonces visitaban el país–, insistió en que era necesario contarles “la verdad, y lo que dice el Duque [...] porque los libros franceses y españoles están repletos de embustes tremendos”. Tras largas discusiones, y aunque ya se habían impreso 768 páginas, Ford acabó plegándose al punto de vista de sus asesores, y aceptó que se destruyera prácticamente toda la tirada, una operación financieramente muy onerosa, puesto que el coste, que él sufragó, ascendió a quinientas noventa libras, y absorbió todos los derechos que Ford hubiera percibido por la venta de la edición. Pero, como el autor escribió en uno de los escasos ejemplares supervivientes de esta edición “cancelada”, que obsequió a un amigo íntimo, si hubo que suprimirla fue porque “ciertas verdades se decían con excesiva crudeza y pudieran haber ofendido a los españoles y franceses. No es que la obra hubiera sido concebida para ellos, ni que diera satisfacción a unos o a otros después de ser suavizada”.⁹

Tras llevar a cabo numerosos cambios, tarea de por sí mortificante, Ford se encontró al fin “trabajando como un forzado en el índice, que es tarea terriblemente pesada, pero que nadie puede hacer mejor que el autor”. Finalmente, el 18 de julio de 1845 se ponía en venta el *Manual para viajeros por España y lectores en casa*, 1.064 páginas en dos gruesos volúmenes en octavo, causando de inmediato toda una sensación. En cosa de días, Ford era la comidilla de todos los salones, como autor perspicaz y lúcido de la descripción más completa y fidedigna de España jamás publicada, y que además difícilmente podría ser superada

⁹ Véase lámina 14 (p. 150). Puede consultarse una relación de variantes textuales en el estudio de Thomas Bean, *Richard Ford, A Hand-Book for Travellers in Spain: The Suppressed and 1845 Editions*, 1991, dactilografía depositada en varias bibliotecas británicas.

algún día. Tanto el autor como el editor tuvieron pronto razones sobradas para estar satisfechos de la acogida y venta de la obra: el día de su publicación se vendieron seiscientos ejemplares y, a finales de año, a Murray sólo le quedaban en almacén doscientos de los dos mil de la tirada, y ello a pesar del precio de venta relativamente elevado de treinta chelines, que, junto a la extensión de la obra, limitaban un tanto sus posibilidades de venta general.

La única decepción sería que tuvo Ford resultó de la aparente incapacidad de Borrow para redactar una reseña adecuada. La que sometió al *Quarterly* no era sino una diatriba irrelevante contra España en general, y fue rechazada por el editor con toda razón, aun cuando Borrow reconociera en ella que el *Manual* era una “obra de primerísimo orden”, manifestara su aprecio por la “férrea voluntad” necesaria para llevar a cabo la tarea, y elogiase el estilo “ágil y cautivador” de Ford.¹⁰

Al poco tiempo, Murray proponía una segunda edición, pero estipulaba que habría que reducir la obra a un solo volumen, como los demás de la colección. Tras un intenso intercambio epistolar, y varias discusiones acerca de otras posibles opciones, se llegó al acuerdo de eliminar muchas de las secciones preliminares de naturaleza no topográfica, que constituirían la base de un volumen independiente de ensayos que, con la adición de material nuevo, debería venderse bien. La recopilación resultante, *Gatherings from Spain*, apareció en los últimos días de 1846 en la colección “The Home and Colonial Library” de Murray. Como apuntaba Ford en el prefacio, podría ofrecer “unas cuantas horas de esparcimiento, y acaso también de instrucción, a quienes se quedaran en casa”.¹¹

La segunda edición del *Manual*, abreviada aunque aún con cerca de setecientas páginas, se aproximaba más a lo que quería Murray, al resultar “más conveniente para su transporte y consulta durante el viaje que dos tomos”, y apareció el año siguiente. Como observara Ford, “la literatura ha de correr pareja con los medios de locomoción, y aquellos que leen al tiempo que viajan en ferrocarril necesitan que el alimento físico y espiritual les llegue en expreso, y tan condensado y portátil como la sopa”, y sin chismes políticos, ni polémicas, etc. Pero, como Ford le decía bromeando a su editor: “estoy convencido de que vendimos nuestro primer libro por cuenta precisamente de esos mismos defectos, porque eran picantes”; por consiguiente, “si el libro (2ª ed.) es aburrido y útil, ila culpa

10 Hay una buena descripción de la relación de Ford y Borrow en el estudio de Antonio Giménez Cruz *¡Cosas de los ingleses! La España vivida y soñada en la correspondencia entre George Borrow y Richard Ford* (Editorial Complutense, 1997).

11 Traducido por Enrique de Mesa como *Las cosas de España* (Jiménez-Fraud, 1922), ha habido reediciones posteriores, con prólogo de Gerald Brenan (Turner, 1974) y Emilio Soler Pascual (Ediciones B, 2004). La edición inglesa más reciente, con introducción e índice anotado míos, es de 2000.

es en parte suya!”. A Murray debió de pasarle inadvertida una frase incluida subrepticamente en las *Observaciones preliminares*, en la que el autor afirmaba que era por “la primera edición” por la que “rogaba se le juzgase como escritor acerca de las cosas de España, pues muchas son las florecillas silvestres ibéricas que han sido arrancadas, para que a nadie le tiende salirse de la árida carretera, y aun más las ‘viejas piedras’ de la Antigüedad que se han quitado de en medio, para no obstaculizar la rápida llegada del viajero a esos lugares donde nadie lo espera, y donde la respuesta a sus peticiones de información será, reiterado como el cuco, el ‘no sé’ nacional”.

Por desgracia, la mujer de Ford, cuya salud ya venía dándole motivos de inquietud, murió de tuberculosis a los cuarenta años, en 1849. Dos años más tarde, Ford se casaba con Mary Molesworth; tenía ya cincuenta y cinco años, y ella veinte menos. Aunque la mayor parte de su tiempo juntos lo pasaron en Londres, donde Ford había heredado la casa de su madre, para 1854 estaban de vuelta en Heavitree donde, como le escribió a Addington: “Nos hemos dedicado a *ruralizar* y a rusticar desde que huimos de la irrespirable y pestífera ciudad”. A lo largo de la década anterior, en Londres como en Devonshire, rara vez había estado ociosa la pluma de Ford, produciendo un flujo constante de artículos eruditos sobre temas diversos, además de una serie de perspicaces reseñas de libros contemporáneos. Estas, en las que conseguía hacer partícipe al lector de su inmensa erudición de la forma más modesta, y con una prosa de lo más cautivadora, lo convirtieron en uno de los críticos más eminentes de su época en un campo que había hecho suyo por derecho: es algo de lamentar, y muy inmerecido, que nadie las conozca ya hoy. Uno de los muchos turistas que siguieron sus pasos, al poner por escrito su propio viaje por España, admitió que: “Si por un casual Mr. Ford llegara a echarle un vistazo a esto, acaso se daría cuenta de que varios de los ingredientes los he sisado de su propia despensa, y probablemente los haya echado a perder en mi guiso. Cuando se tiene por compañero de viaje a un autor tan enérgico y ocurrente, no puede uno por menos que apropiarse de sus pensamientos, y ‘asimilarlos’...”: no todos serían igual de honrados.

La preparación de la tercera edición del *Manual* le ocupó comparativamente menos tiempo a Ford en su última década de vida. De nuevo en dos volúmenes, se publicó por fin en julio de 1855. Ford no supo resistirse a reintroducir en su magistral obra, aunque sin mencionarlo, algunos de los pasajes suprimidos de la edición “cancelada”, además de ampliar muchas descripciones gráficas y añadir varios lugares anteriormente pasados por alto. Raras veces modera la mordacidad de sus críticas, incluso cuando se trata de información o especulaciones procedentes indirectamente de corresponsales tan fiables como Gayangos, de entre varios viajeros recientes. Aunque puede que esta edición sea su “última palabra” en la materia, es en la primera donde sus descripciones y observaciones perennemente vivas aparecen en su forma más espontánea

y estimulante, si bien las dos constituyen soberbias muestras de su erudición, inimitable ingenio, y capacidad de interpretar con exactitud los muchos aspectos de un país y de un pueblo por los que tanto afecto sentía.

Pero Ford padecía una nefritis crónica, que le afectó la vista, y a finales de 1857 se quejaba de sentirse “muy cansado”. Su salud decayó de forma muy notable en julio siguiente, y el final llegó el 31 de agosto de 1858. Su sencillo funeral tuvo lugar en Heavitree, donde se grabó algo después en su lápida la inscripción *RERUM HISPANIÆ INDAGATOR ACERRIMUS*, como bien correspondía al más entusiasta explorador de *las cosas de España*.

William Stirling dijo de su estilo como escritor que era “como su conversación: animado, epigramático y digresivo, impregnado de pensamiento, y de humor chispeante”. Autor de rara expresividad, transportó a sus lectores contemporáneos a un mundo nuevo, confiriéndole otra dimensión a España. Como en cierta ocasión observara sobre el *Manual* lord Carnarvon, Ford “supo trasladar a sus brillantes y fidedignas páginas esa viva apreciación tan singularmente suya de todo lo característicamente español. España vive en su libro, revestida de su inimitable y peculiar colorido”. ¡Qué satisfecho hubiera estado Ford de haber sabido que su obra maestra se publicaría algún día íntegra en español, aunque fuese de forma tardía!

La influencia del *Manual* ha sido honda. Estableció de forma definitiva numerosos aspectos de lo que había de ser una visión informada de España. Ford le dio al país otra dimensión, muy distinta del estereotipo romántico creado por Mérimée y su *Carmen*, por Dumas, Gautier, el “conformista” Washington Irving o Henry Inglis, por ejemplo. Este último es típico de esa clase de crédulos escritores de viajes que, según Ford, como las golondrinas que pasan rozando solo la superficie en busca de insectos, no ofrecían sino apuntes de la mala vida y de gente de la peor calaña, sazonados con anécdotas de carretera y noticias de postillón, dándole a España peor fama de la merecida, al hacer pasar una caricatura convencional por un retrato fiel.

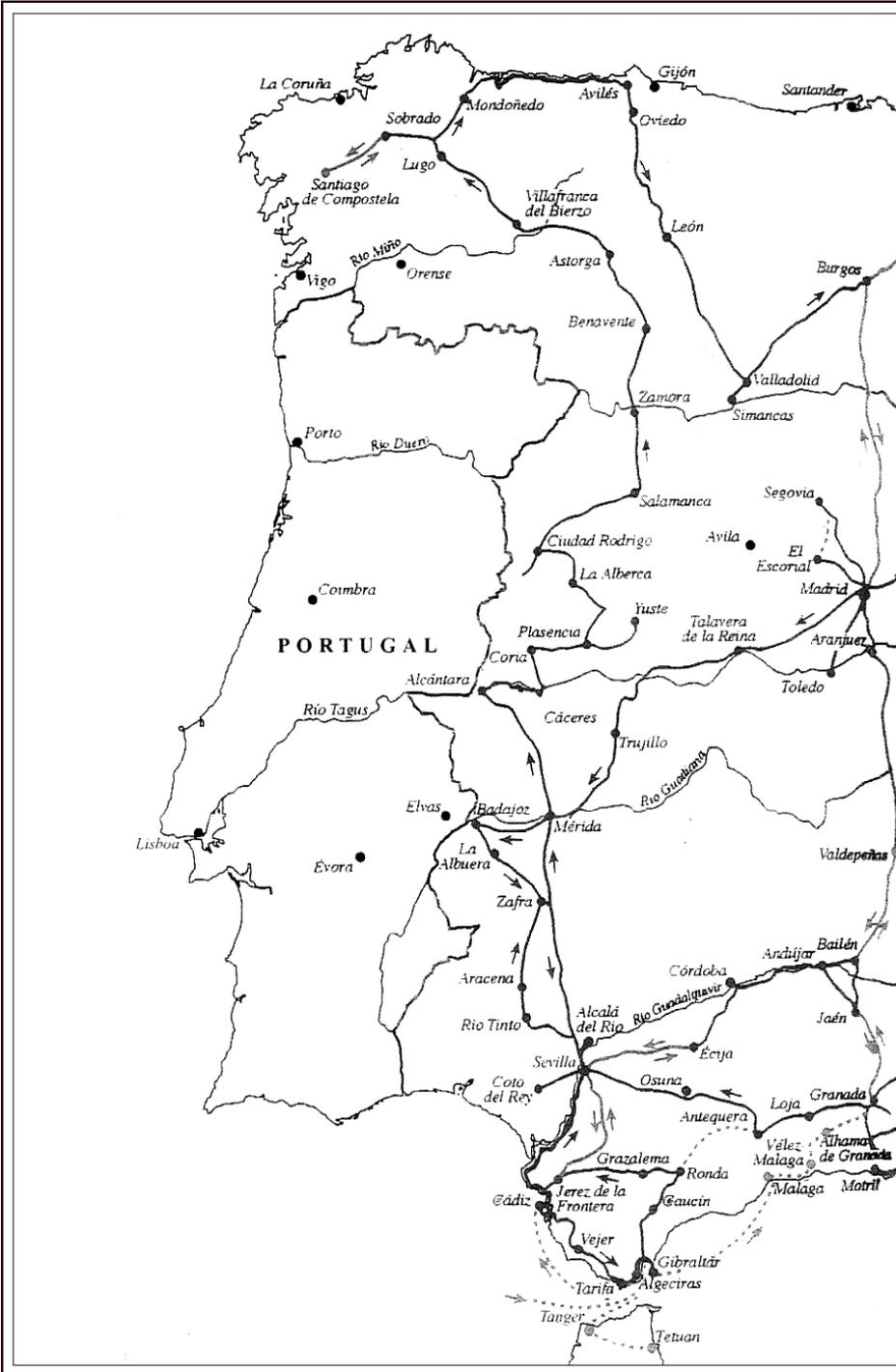
Ford también ha tenido sus detractores y sus críticos, que lo han denigrado por ser tan porfiado, poniéndole reparos a su elitismo, a sus premoniciones de que la democracia rampante iba a acabar pisoteando todo lo que le era caro; pero su integridad al referir la verdad tal y como la veía nunca ha podido ser impugnada. No toleraba la menor forma de hipocresía ni pedantería, por lo que los académicos polvorientos han preferido ignorarlo, en su propio detrimento. Ha habido españoles que han considerado que sus opiniones las dictaba la envidia, que sus advertencias eran improcedentes, y gratuitos sus mordaces comentarios críticos sobre su país, y que inducían a error. Sin embargo, todos estarían de acuerdo en que, estén justificados del todo o no estos reparos, a Ford España lo cautivó de por vida. Como él mismo admitió en una carta inédita enviada desde París durante su viaje de regreso de la Península Ibérica, a la que

nunca había de volver: “Siento una extraña añoranza de España. ‘Con todos sus defectos, aún la quiero”.

Murray publicó la cuarta edición del *Manual* en 1869, y la novena y última en 1898, pero estas poco tenían ya que ver con la obra de Ford: revisadas de forma drástica por una sucesión de editores que llevaron a cabo expurgaciones al por mayor y diversas “mejoras”, fueron volviéndose poco a poco cada vez más parecidas a las guías modernas, incorporando líneas férreas y planos de ciudades junto con relaciones de comercios y hoteles. Se parecen más bien poco a la obra original por la que se hacen pasar, y difícilmente puede uno recomendarlas. Por repetir una de las tersas frases del propio Ford, son “como el Niágara filtrado a través de una bolsa de gelatina”.

Hasta 1966 no volvió a publicarse el texto de 1845, compuesto nuevamente en un cuerpo muy legible a partir del ejemplar corregido del propio Ford, en una edición en tres volúmenes a cargo de Centaur Press, que es en la que se basa esta traducción. Esta reedición propició una sucesión de artículos en español de muy variada calidad sobre Ford, además de unos cuantos estudios magistrales en inglés acerca de distintos aspectos de su vida y obra, entre los que destacan en particular los de Thomas Bean, a quien deseo agradecer de forma expresa su generosa ayuda en la elaboración de esta *Introducción*.

OBSERVACIONES GENERALES





Mapa de los viajes de Richard Ford por España (1830-1833)

PREFACIO

De las muchas tergiversaciones de que es objeto España, pocas han circulado de manera más sistemática que la referente a los peligros y dificultades que acosan al viajero. Este país, el más romántico y característico de Europa, puede realmente visitarse a todo lo largo y ancho de su extensión con facilidad y seguridad, porque viajar por él no es peor que lo era en Francia o Italia en 1814, antes de que el ejemplo inglés fuese causa de mejoras. A pesar de todo hay una gran necesidad de un manual práctico, ya que las guías no son satisfactorias, pues pocos españoles viajan por su propio país, y menos aún son los que se arriesgan a viajar fuera de él; por ello, con escasos medios de comparación, no les es posible apreciar las diferencias ni conocer las necesidades y deseos del extranjero. En consecuencia, en sus guías, los usos, ceremonias y demás cosas que les son familiares desde la niñez se pasan por alto frecuentemente sin comentario ni mención, aunque a causa de su novedad para el extranjero sean precisamente lo que este más desea ver mencionado y explicado. Más aún, los indígenas menosprecian con frecuencia o se avergüenzan justamente de las cosas que más interesan y encantan al extranjero, a cuya curiosidad prefieren mostrar lo nuevo más bien que lo antiguo, y en particular sus pobres y pálidas copias de Europa, antes que sus interesantes y estimulantes originales. También la información oral que se consigue de la gente sobre el terreno es generalmente más escasa todavía; y como estos semiorientales desidiosos observan con envidia al forastero que mira o pregunta, tienden a responderle con recelo, evitando contestar claramente, o bien le ponen dificultades o, más aún, por tener la imaginación muy viva, lo engrandecen o empequeñecen todo, según mejor les vaya a sus propias ideas y recelos. Las expresiones nacionales “¿quién sabe?, no se sabe”, serán con frecuencia preludio de un “no se puede”.

Esta guía trata de mostrar lo que se puede conocer y hacer en España con la menor dificultad y el mayor grado de satisfacción posibles. Con esta intención se indican ante todo en esta introducción las diferentes maneras de viajar por tierra o mar y las precauciones necesarias que hay que tomar para asegurarse de la comodidad y eliminar el riesgo. Las provincias se van describiendo a continuación en el cuerpo de la obra, una tras otra. Las principales líneas de carretera e intercomunicación, nombres de posadas y calidad del hospedaje

en cada caso, todo ello se detalla, y se sugieren también las mejores épocas del año para explorar cada ruta. Se proponen planes de giras, tanto generales como especiales, y se detallan las mejores rutas para objetivos específicos y especificados. Se mencionan las particularidades de cada región y ciudad y se hace una breve reseña de las antigüedades locales, las cosas religiosas, el arte, el paisaje y las costumbres. De esta forma, esta obra, fruto de muchos años de vagabundeo por la Península, es un humilde intento de facilitar la mayor cantidad posible de información útil y entretenida en el menor volumen posible, tanto para el viajero en el país mismo como para el lector en Inglaterra. Las cosas que cualquiera puede ver sobre el terreno con sus propios ojos, como el paisaje, los cuadros, etcétera, raras veces se describen aquí en detalle; se da importancia, sin embargo, a lo que hay que observar, dejando que el espectador saque sus propias conclusiones; y tampoco se crea que se pueda anotar aquí todo lo que hay que ver, sino solamente lo que vale la pena ver: “*Nec omnia dicentur* –como dice Plinio (*Historia Natural*, XIV, 2)– *sed maxime insignia*”.

La filosofía de España y los españoles, y lo que se puede saber, no ver, no se ha dejado de lado en absoluto; por lo tanto, fechas, nombres, datos y todo lo demás se mencionan aquí siempre que puedan servir para estimular el interés de la localidad a que se refieran. Se trata de despertar la curiosidad, más bien que de saciarla, porque esto último requeriría muchos volúmenes como este. Pero como a falta de conocer las cosas por uno mismo, lo mejor es saber dónde se encuentran, se citan aquí los mejores autores y fuentes de más información, de los que futuros y más competentes escritores que yo, podrán sacar material con que rellenar este marco escueto, aparte de que la cita exacta de las más importantes autoridades en el momento adecuado ofrece mejor garantía de precisión que la mera afirmación sin fundamento de cualquier individuo,

En España, excepción hecha de algunas grandes ciudades, faltan notoriamente bibliotecas, periódicos, cicerones y, en general, esos recursos que tan útiles suelen ser al viajero en otros países europeos; en consecuencia, el viajero previsor debiera llevar en sus alforjas alimento para la mente tanto como para el cuerpo, una buena provisión de algo que leer y comer en las desabastecidas ventas de esta hambrienta tierra de los desinformados. Y también, como España y los españoles son tan relativamente poco comprendidos, es preciso apartarse aquí algo de las otras guías, en las que se describen países que todos conocemos. En esta se intenta hacer un poco más que un simple libro de caminos, o una descripción de la cáscara, por así decirlo, del país. Ver las ciudades y conocer la mentalidad de la gente ha sido desde los días de la *Odisea* el objetivo del viajero, pero “¡cuán difícil es –como dijo el Duque (Parte de guerra del 13 de diciembre de 1810)– comprender exactamente a los españoles!”. Hechos de contradicciones, habitan en la tierra de lo inesperado, *le pays de l'imprévu*, donde la excepción es la regla, donde el accidente y el impulso del momento son las

fuerzas motrices, y donde los hombres, sobre todo colectivamente, actúan como mujeres y niños. Una chispa, una nadería ponen en acción a las impresionantes masas, y nadie puede prever el suceso más corriente; no se piense tampoco que el español se esfuerza jamás en pensar más allá de la situación actual, o de prever lo que pueda traer consigo el mañana; eso se lo deja al extranjero, que no le comprende. “Paciencia y barajar” es su lema; y se limita a esperar pacientemente hasta ver qué pasará después de cada golpe de baraja, porque su credo y su práctica son la resignación, el Islam del oriental.

La clave con que descifrar a este singular pueblo no es ciertamente europea, ya que esta Berbería cristiana es, por lo menos, terreno neutral entre el sombrero y el turbante, y muchos afirman que África comienza ya en los Pirineos. Pero, sea ello lo que fuere, el hecho es que España, civilizada primero por los fenicios y poseída largo tiempo por los moros, ha conservado de manera indeleble sus impresiones originarias. Póngase, pues, a prueba tanto a sus indígenas como a España misma, aplicándoles un patrón oriental, y se verá cuántas cosas análogas aparecen que son extrañas y chocantes en comparación con las costumbres europeas. Esta tierra y este pueblo de rutina y costumbres están ahora como en conserva para los amantes de las antigüedades, porque aquí las costumbres paganas, romanas y orientales, pasadas ya hace largo tiempo en otros sitios, surgen a cada paso en la iglesia y en las casas particulares, en los salones y en el campo, como ya iremos indicando cuidadosamente según vaya siendo necesario.

Y además, aquí están esos mares en los que se reflejan las glorias de Drake, Rooke y Nelson, y esas llanuras santificadas por las victorias del Príncipe Negro, Stanhope y Wellington; y ¿qué peregrino inglés dejará de visitar esos lugares o se sentirá indiferente a la *religio loci* que inspiran? ¿Y dónde mejor que en esos mismos lugares se podrán leer los grandes hechos de armas de nuestros soldados y marinos, su valor y rectitud, el genio, la clemencia e integridad de sus inmortales jefes, que estarán aquí, fiel y, sin embargo, no jactanciosamente registrados?

Pero el espejo que refleja exactamente a España y sus cosas, sus glorias y sus vergüenzas tiene forzosamente que poner al descubierto una escena de contrastes en la que las sombras oscuras contrastarán con las luces brillantes, y el mal chocará con el bien; tristes, ciertamente, serán muchas páginas; ¡ay!, porque las obras de épocas de piedad, ciencia y bellas artes han sido pisoteadas por el talón vandálico de los destructores, tanto extranjeros como nacionales, que dejaron una honda huella de sus pasos y una marca que entristecerá al estudioso, al artista y al filántropo. Si, a pesar de todo, la historia inexorable prohíbe la completa ocultación de tales delitos y tales culpables, tanto más agradable ha sido el deber de insistir en los logros de habilidad y valor, señalando tantas bellezas y excelencias como hay en esta tierra tan favorecida y explayándose sobre el

generoso, viril e independiente pueblo de España. Siempre se ha establecido una diferencia entre la noble y valiente nación en general y esos indignos individuos que por medio de instituciones defectuosas se han esforzado siempre en doblegar las mejores energías de su pueblo; y es que lo que les falta a los vigorosos miembros del cuerpo político de España es precisamente una cabeza.

Al presentar estas y otras *cosas de España* al lector, quisiera que alguna repetición que se halle en estas páginas de vez en cuando no sea imputada a descuido o tautología, porque lo cierto es que he suprimido material descriptivo y crítico más que suficiente para haber hecho con él otro volumen, a fin de economizar espacio, ya demasiado reducido aquí para tan vasto tema. Solo gracias a la repetición se hacen y fijan las impresiones; y como ninguna guía se lee jamás de manera seguida, es buena cosa que cada página cuente por sí sola en cierto modo su propia historia, y cuando tantos lugares distintos han sido escenario de sucesos parecidos, la narración y las deducciones tienen forzosamente que ser también similares. Con frecuencia, sin embargo, se hará alusión a temas análogos en otros lugares del libro, y la información sobre temas determinados, deliberadamente esparcida por estas páginas, se agrupará bajo títulos concretos en el índice, al que se ruega al lector que recurra siempre que le parezca que determinadas palabras o datos necesiten explicación.

POSTSCRIPTUM (19 de julio de 1845)

Gracias a un acuerdo recién concertado se puede llegar en seis días a Madrid desde Londres; el Vapor Peninsular, desde Southampton, llega a La Coruña en unas setenta y dos horas, de donde un correo real corre a la capital en tres días y medio por Lugo y Benavente (véanse las rutas LXVII, LXXV, LXXX).

PANORAMA DE ESPAÑA

El conglomerado de la monarquía de España se compone de muchas provincias diferentes, cada una de las cuales formó en otros tiempos reino aparte e independiente. Aun cuando todas ellas están ahora unidas por matrimonio, herencia, conquista y otras circunstancias bajo una sola corona, las diferencias originarias, tanto geográficas como sociales, siguen siendo prácticamente las mismas de entonces. El idioma, la ropa, costumbres y carácter local de los naturales no varían menos que el clima y los productos del suelo. El hombre, siguiendo en cierto modo el ejemplo de la naturaleza que le rodea, tiene poco en común con el habitante del distrito colindante, y estas diferencias aumentan y se perpetúan a causa de las antiguas envidias e inveterados celos que estados pequeños y contiguos suelen mantener con tan tenaz memoria. El término general y genérico de “España”, que es práctico para geógrafos y políticos, parece inventado para confundir al viajero. Nada resulta más vago e inexacto que dar por supuesta la existencia de una sola *cosa de España* o los españoles que pueda ser aplicada por igual a todas sus heterogéneas partes integrantes. Las provincias del noroeste son más lluviosas que el condado de Devon, y las llanuras centrales están más calcinadas que las de Marruecos, mientras el rudo agricultor gallego, el industrioso artesano fabril de Barcelona y el alegre y voluptuoso andaluz son tan esencialmente diferentes entre sí como los diversos tipos de una misma fiesta de disfraces. Por lo tanto, será mejor que el viajero tome cada provincia por separado y la estudie con detalle; en consecuencia, comenzaremos en cada provincia dando unas pocas observaciones preliminares en las que indicaremos esas peculiaridades, esas características sociales y naturales que pertenecen particularmente a cada comarca y la distinguen de sus vecinas. Los españoles que han escrito sobre su propia geografía y estadísticas, y de quienes cabría suponer que comprenden su propio país e instituciones mejor que nadie, han encontrado aconsejable adoptar este sistema a causa de la completa imposibilidad de tratar de España como si fuera una sola cosa. No hay un rey de España; entre la infinidad de reinos, cuya lista llena hasta desbordar los títulos reales, no se encuentra el de España; es Rey de las Españas, no Rey de España. Las provincias de Castilla, tanto la Vieja como la Nueva, van a la cabeza de la nomenclatura nacional; de aquí que castellano sea sinónimo

de español, y sobre todo de vieja, orgullosa y auténtica cepa, “castellano a las derechas”, o sea, español hasta la médula. Hablar castellano es la manera correcta de referirse al lenguaje español. España estuvo durante largo tiempo desprovista de la ventaja que da una metrópoli permanente, como Roma, París o Londres, que son capitales desde su misma fundación, y reconocidas y acatadas universalmente como tales; mientras que aquí, varias ciudades, como León, Burgos, Toledo, Sevilla, Valladolid y algunas más, se han turnado como capitales del reino y sede de la residencia real. Este cambio constante y esta preeminencia efímera han debilitado cualquier superioridad natural de una ciudad sobre las otras, siendo causa de debilidad, al fomentar rivalidades y disputas sobre preeminencia, que es una de las fuentes más fértiles de disensión en un pueblo quisquilloso. Madrid, comparada con las ciudades antes mencionadas, es ciudad moderna; tiene solamente categoría de “villa”, no de “ciudad”. Ni siquiera posee catedral. En momentos de peligro nacional, ejerce poca influencia sobre la Península; al mismo tiempo, sin embargo, por ser sede de la Corte y el gobierno, centro de padrinzago y moda, atrae de todas las partes del país a los pretendientes y a los que quieren hacer fortuna. La capital influye por la ambición más bien que por el afecto del país en general. Los habitantes de las diferentes provincias piensan, ciertamente, que Madrid es la Corte más grande y rica del mundo, pero sus corazones siguen en sus lugares nativos. “Mi paisano”, “mi coterráneo”, no significa español, sino andaluz, catalán, según cada caso. Cuando se pregunta al español de dónde es, la respuesta será: “Soy hijo de Murcia o hijo de Granada”, etcétera. Esto es estrictamente análogo a la expresión “hijos de Israel”, los *beni* de los moros españoles, y aún hoy en día los árabes de El Cairo se llaman a sí mismos hijos de esa ciudad, *Ibn el Musr*, etcétera. Este ser de la misma provincia o ciudad crea un fuerte sentimiento de clan, una masonería; las partes se mantienen juntas como viejos condiscípulos, o como los escoceses. Se trata de un hogar y un sentimiento realmente vinculantes. Todos sus recuerdos, comparaciones y elogios giran en torno al lugar de su nacimiento; para ellos nada está a la altura de su provincia particular, que es su propia patria. La “patria”, en el sentido de España en general, es tema de declamación, de buenas palabras, palabrería, en la que todos, como orientales, gustan de abundar, y a lo que su grandilocuente idioma se presta fácilmente. Desde el periodo más primitivo hasta nuestros días, todos los observadores se han sentido impresionados por este localismo, como ingrediente importante del carácter ibérico. Los iberos nunca quisieron unirse, “nunca –como dijo Estrabón– juntaron sus escudos”, nunca sacrificaron sus propios intereses privados y locales en pro del bien general; por el contrario, llegada la hora de la verdad, solían, como ahora, mostrar una tendencia constante a separarse en Juntas distintas, cada una de las cuales solo pensaba en sus propias opiniones, completamente indiferentes al perjuicio que de este modo causaban a lo que debiera haber sido

la causa común a todos ellos. De esta manera la virilidad y la vitalidad del noble pueblo se han visto siempre neutralizadas; tienen, ciertamente, fuertes miembros y corazones honrados, pero, como en la parábola oriental, lo que falta es una cabeza que dirija y gobierne: de aquí que España sea hoy en día, como ha sido siempre, un manojo de cuerpos pequeños atados unos a otros con cuerda de arena y, por carecer de unión, carece también de fuerza, habiendo sido cada uno de ellos derrotado por separado. La expresión, muy usual, “españolismo” expresa más bien la oposición al dictado extranjero y la estima de sí mismos que tienen los españoles, *españoles sobre todos*, que un verdadero amor al país.

Sin embargo, por mucho que los indígenas de las diversas provincias de España puedan diferir entre sí, hay muchas cosas que para el inglés que viaja por la Península siguen siendo iguales en toda ella; en consecuencia, el dinero, los pasaportes, las carreteras, las oficinas de correos, los modos de viajar por tierra o por vapor, las posadas, los consejos de tipo general sobre los preparativos y las precauciones a tomar, todo ello ha de tener necesariamente preferencia en nuestra guía. Al tratar de estas cosas, cada una en su sitio, no dejaremos, siempre que la oportunidad se nos presente, de introducir observaciones, proverbios, expresiones o circunstancias conducentes a una mejor comprensión del carácter del pueblo, lo cual, después de todo, es la mejor información que cabe dar a un viajero.

Richard Ford

Manual para viajeros por España y lectores en casa

que describe el país y sus ciudades, los nativos y sus costumbres;
las antigüedades, religión, leyendas, bellas artes, literatura,
deportes y gastronomía

Andalucía

Traducción de Jesús Pardo

Título original: *A Handbook for Travellers in Spain and Readers at Home /
Andalucía. Ronda and Granada.*

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total o parcial de la obra, ni su tratamiento o transmisión por cualquier medio o método sin la autorización escrita de la editorial

Copyright © 2008, Turner Publicaciones S.L.
Rafael Calvo, 42
28010 Madrid
www.turnerlibros.com

ISBN (Obra completa): 978-84-7506-856-5
ISBN (Tomo II): 978-84-7506-857-2

Diseño de colección: The Studio of Fernando Gutiérrez
Compaginación y corrección: EB8
Ilustración de cubierta: Mapa de España, 1846

Depósito legal:
Printed in Spain

ÍNDICE

Libro I. Sevilla

Generalidades	13
Excursiones y giras básicas por Andalucía	23
Vida social y maneras en el sur de España	25
Los médicos españoles	59
La fiesta de los toros	65
El teatro español	77
Los cigarros puros españoles	89
El traje español	95
Ruta I. De Inglaterra a Cádiz y Gibraltar	107
Cádiz. La bahía de Cádiz. De Cádiz a Gibraltar por Los Barrios y Tarifa. Algeciras	
Ruta II. De Cádiz a Sevilla por barco	143
Sanlúcar. El Guadalquivir	
Ruta III. De Cádiz a Sevilla por tierra	149
Jerez. Utrera. Alcalá de Guadaira	
Ruta IV. De Jerez a Sevilla	159
Ruta V. De Sanlúcar a Ayamonte	161
Moguer. Huelva. Ayamonte	
Ruta VI. De Sanlúcar a Portugal	167
Sevilla. Cronistas de Sevilla. Fundación de Sevilla. Historia de Sevilla. La Giralda. Patio de los Naranjos. La Catedral. El Alcázar. Casas notables. La Casa del Ayuntamiento. Calle de los Abades. Plaza de San Francisco. Pinturas. El culto a la Virgen. La Universidad. Iglesias de Sevilla. Hospital de Expósitos. La Cuna. Las puertas de Sevilla. El Quemadero. La Inquisición. La Puerta de Jerez. Triana. La Cartuja y Santi Ponce. Itálica. Excursión a una finca oliverera	

Ruta VII. De Sevilla a Riotinto y Almadén	235
Ruta VIII. De Sevilla a Madrid	245
Carmona. Écija. Córdoba. (Historia. La Mezquita. El Coro). Alcolea. Bailén. La Carolina. Las Navas de Tolosa. La Mancha. Valdepeñas. Manzanares. Ocaña	
Ruta VIII. De Valdepeñas a Almadén	275
Ruta IX. De Sevilla a Badajoz (I)	283
Ruta X. De Sevilla a Badajoz (II)	285

Libro II. Ronda y Granada

Ronda

La Serranía de Ronda	291
De Sevilla a Granada	295
Ruta XI. De Sevilla a Granada por Osuna	297
Osuna. Loja. De Sevilla a Granada por Córdoba	
Ruta XII. De Córdoba a Granada	303
Ruta XIII. De Sevilla a Granada por Jaén	307
Ruta XIV. De Andújar a Granada	309
Jaén	
Ruta XV. De Sevilla a Ronda por Olvera	313
Ruta XVI. De Sevilla a Ronda por Zahara	315
Ruta XVII. De Sevilla a Ronda por Écija	317
Ruta XVIII. De Ronda a Jerez	321
Ruta XIX. De Ronda a Granada	323
Antequera	

Ruta XX. De Ronda a Málaga	327
Ruta XXI. De Ronda a Gibraltar	329
Gaucín. San Roque. Gibraltar. Tánger. Ceuta. Tetuán	
Ruta XXII. De Gibraltar a Málaga	351
Marbella. Fuengirola. Málaga	
Ruta XXIII. De Málaga a Granada por Alhama	363
El reino de Granada.....	367
La Alhambra. Torre de la Justicia. Torre de la Vela. Sala de los Embajadores. Patio de los Leones. El Generalife. El Darro. La Catedral. Excursiones	
Ascenso a Sierra Nevada	417
Ruta XXIV. De Granada a Adra	421
Ruta XXV. De Adra a Málaga	425
Ruta XXVI. De Motril a Granada	427
Ruta XXVII. De Adra a Jaén	429
Ruta XXVIII. De Almería a Cartagena	431
De Almería a Jaén	
Tabla de conversiones	437

Libro I
SEVILLA

GENERALIDADES

El reino o provincia de Andalucía, por su posición local, su clima, sus lugares de interés y su accesibilidad, debe anteponerse a todos los demás reinos de España. Es la *Tarshish* de la Biblia, palabra que ha sido interpretada por sir William Betham como “el más lejano de los lugares habitados que se conocen”. Era la *ultima terrae* de los clásicos, los confines de la tierra adonde Jonás quería huir. *Tarshish*, *Tartessus* en la incierta geografía de los antiguos –mantenidos deliberadamente en la incertidumbre por los suspicaces fenicios, exploradores de todo comercio libre–, fue durante mucho tiempo un término vago y general, como nuestras Indias. Era aplicado a veces a una ciudad, a un río o a una localidad, por autores que escribían para Roma, o sea, un ciego guiando a otro ciego. Pero cuando los romanos, después de la caída de Cartago, consiguieron el dominio indiscutido de la Península, estas dificultades fueron eliminadas y el sur de España recibió el nombre de Bética, del *Baetis* o Guadalquivir, que divide sus partes más bellas.

Cuando la invasión goda, esta provincia fue ocupada por los vándalos. Su ocupación fue breve porque no tardaron en ser echados al norte de África por los visigodos. Pero, a pesar de todo, dejaron allí su nombre, y fijaron la nomenclatura a ambos lados del estrecho, llamándose durante mucho tiempo *Vandalucía*, o *Beled-el-Andalosh*, “el territorio de los vándalos”. Sus habitantes, sin embargo, no fueron jamás vándalos en el segundo sentido de esta palabra, sino que, por el contrario, eran y siempre han sido la gente más elegante, refinada y sensual de la Península; eran los jonios, mientras que los cántabros y celtíberos eran los espartanos. Y en ningún lugar, hasta el día de hoy, se nota de manera tan clara la *raza*: proceden de sangre del sur, de los fenicios, mientras que los aragoneses y catalanes proceden de sangre nórdica o celta. Diferencias semejantes se perciben en el norte de Irlanda, que está habitada por una raza anglosajona escocesa, y la gente del sur que, como los andaluces, se ufana de ser milesios de verdad. Tampoco faltan similitudes en el carácter nacional. Ambos son parecidos: impresionables como niños, indiferentes a los resultados, incapaces de calcular las posibilidades, víctimas pasivas del impulso violento, alegres, listos, bienhumorados y vivos, y la gente más fácil de embaucar con cierta lógica. Basta con decirles que su país es el más bello y ellos la gente

mejor, más bella, valiente y civilizada del mundo, y se dejarán llevar como niños. De todos los españoles los andaluces son los más dados a la jactancia; se jactan sobre todo de su valor y de su fortuna. El andaluz termina creyéndose su propia mentira, y de aquí que siempre esté contento, ya que consigo mismo se lleva mejor que con nadie. Sus cualidades redentoras son sus maneras afables y corteses, su carácter vivo y sociable, su agudo ingenio y su brillantez: es ostentoso y, en la medida en que sus medios limitados se lo permitan, ansioso siempre de mostrarse hospitalario con el forastero, en el sentido que se da en España a esta palabra, que en inglés no tiene nada que ver con la cocina. Como en los días de Estrabón, el andaluz actual tiende más a sentir simpatía que antipatía por el extranjero, y es que el tráfico de sus ricas ciudades marítimas ha echado abajo, en parte, los prejuicios de tierra adentro.

La imaginación oriental de los andaluces da a las cosas y a la gente el colorido brillante de su espléndido sol; su exageración, la ponderación, es solo aventajada por su credulidad, que es como la hermana gemela de aquella. Todo para ellos está en superlativo o en diminutivo, sobre todo por lo que se refiere a la palabra en aquello y a los hechos en esto. Tienen siempre anhelos de cosas inalcanzables y una gran indiferencia por lo práctico; en realidad nunca saben o se preocupan mucho por el objeto que buscan. Son incapaces de una constante sobriedad de conducta, que es la única manera de triunfar a la larga. En ninguna otra parte oye el forastero con más frecuencia esas palabras talismánicas que son como la estampa del carácter nacional: “no se sabe”, “no se puede”, “conforme”, el “no sé”, “no lo puedo hacer”; el “mañana”, “pasado mañana”, el *bukra*, *balbukra*, del oriental amigo de aplazarlo todo. Aquí estamos en el *Bakalum* o “veremos”, “ya veremos lo que pasa”; el *Pek-éyi* o “muy bien”, y el *Inshallah*, “si Dios quiere”, de Santiago (véase IV, 15); el “ojalá”, o deseo de que Dios haga lo que uno desea, el musulmán *Enxo-Allah*. En una palabra, los pecados obsesivos del oriental, su ignorancia, su indiferencia, su tendencia al aplazamiento, moderados por una religiosa resignación ante la Providencia.

Eminentemente supersticiosos, la mariolatría ha sucedido aquí a la adoración de la Salambó bética, la Venus y la Astarté de los fenicios; esto, una confianza en la ayuda sobrenatural y el capítulo de lo fortuito: he aquí el recurso más corriente en todas las circunstancias de dificultad. Su inteligencia, energía e industria se debaten bajo la permanente llamada a los dioses y los hombres para que les hagan lo que debieran hacer ellos. Su Iglesia les ha dado un patrón tutelar y vigilante para todas las circunstancias de la vida, por triviales que sean. Todas las ciudades tienen su santo local, macho o hembra, su milagro, sus leyendas; y en definitiva, conviene observar aquí que hay que establecer una amplia distinción entre esas invenciones contadas a un pueblo crédulo y las serias verdades de una verdadera religión a las que aquellas han suplantado. El resultado ha sido de poco beneficio moral, porque si se puede confiar en

los proverbios, el andaluz no es excesivamente honrado, ni de palabra ni de hecho. *Al andaluz, hazle la cruz; del andaluz guarda tu capuz*, o sea, ándate con cuidado –incluso cuando está haciendo el signo de la cruz– con tu capa, sin por eso descuidar las otras cosas de tu propiedad. En ninguna otra provincia abunda tanto la mala hierba de ladrones y contrabandistas, términos estos que son intercambiables.

Cualesquiera que sean las analogías raciales con sus congéneres milesios, los irlandeses ganan a los andaluces por lo que se refiere al gusto por las peleas. Estos últimos fueron siempre gente pacífica. Estrabón (III, 225) alaba sus suaves maneras, su *το πολιτικον*; y este muy político –*politus*, bien pulido– es su característica presente e inalterada:

*La terra molle e lieta e dilettoſa
Simili a se gli abitatori produce.*

Por mucho que “se les hinchen las narices”, como dicen los moros, y por mucho que alcen la voz, su manera natural de defenderse es salir por piernas, y su ladrido es peor que su mordisco, *perro ladrador poco mordedor*; son los gascones de España, raro es que esperen a ser atacados. Ocaña, en 1810, no fue más que una repetición de la fuga que describe Livio (XXXIV, 17), quien habla de los andaluces de la manera siguiente: *Omnium Hispanorum maxime imbelles*, y no se puede decir que hayan cambiado. Soult dominó la provincia entera en quince días y su conquista fue poco más que una *promenade militaire* para el débil Angulema en 1823. En ningún otro lugar fueron tan bien recibidos los franceses, y la llamaron *su provincia*: y es que los andaluces, como perros de aguas, estimaban más a quienes peor les trataban, y al mismo tiempo, por baja que sea su conducta colectiva, el andaluz, como individuo, participa del valor personal y las proezas que distinguen individualmente a los españoles. Si la gente es a veces cruel y feroz cuando se reúne en gran número, recordemos que por sus venas hierve la sangre de África; sus padres fueron hijos del árabe, cuyo brazo está contra todo el mundo; nunca han tenido una oportunidad, porque un desgobierno inicuo y largo, tanto en la Iglesia como en el Estado, ha tendido a diluir sus buenas cualidades y a estimular sus vicios; y aquellas, que son todas suyas propias, han florecido a pesar de la deprimente pesadilla. ¿Cabe maravillarse de que sus ejércitos huyan cuando al pobre soldado le faltan todos los medios que aumentan la eficacia, y además, cuando jefes indignos son los que dan el ejemplo? ¿No se les excusará por tomarse la justicia por su mano cuando ven las fuentes mismas de la justicia en estado habitual de corrupción? El mundo no es su amigo, ni tampoco lo es la justicia del mundo; sus vidas, su fuerza y sus pequeñas propiedades no han sido nunca respetadas por la autoridad, que siempre ha favorecido al rico y al fuerte a expensas del pobre y el débil; el pueblo, por lo tanto, debido a su triste experiencia, no tiene

confianza en las instituciones y, cuando se ve con poder y siente que le hierve la sangre, ¿es de extrañar que sacie su gran sed de venganza?

Sean cuales fueren sus defectos, nadie podrá negar, por lo menos, que disfrutaron de grandes cualidades intelectuales por las que siempre han sido muy elogiados. Los *Turdetani*, sus antepasados, fueron siempre célebres por su imaginación: cuando la edad de oro de la literatura, en tiempos de Augusto, terminó en Roma, fue para renacer en la *Baetica* gracias a los dos Sénecas, a Lucano y a Columela. Y de nuevo, desde el siglo IX hasta el XIV, durante los periodos más oscuros de la barbarie europea, Córdoba fue centro de luz; la Atenas y la Roma de Occidente, al mismo tiempo sede de las artes, la ciencia y la elegancia, así como de las armas y los valientes soldados. Y de nuevo, cuando el sol de Rafael se puso en Italia, la pintura aquí se levantó en una nueva forma gracias a la escuela sevillana de Velázquez, Murillo y Cano. Los moros andaluces se pusieron a la cabeza en todos los campos de la inteligencia, y a pesar del largo desgobierno el andaluz, aún hoy en día, es el ingenio, el *gracioso* de España. La *gracia*, la *sal andaluza*, es proverbial. Esta *sal* no es precisamente ática, por tener una tendencia agitanada y a la jerga taurómana; pero es casi el idioma nacional del *contrabandista*, el *bandido*, el *torero*, el *bailarín* y el *majo*, y ¿quién no ha oído hablar de estos personajes de la *Baetica*? Su fama ha pasado hace ya tiempo los Pirineos, mientras que en la Península misma estas personas y sus actividades son el encanto y la pasión de los jóvenes y los audaces, ciertamente de todos aquellos que aspiran a la *afición*. Estos pasatiempos verdaderamente provinciales de Andalucía representan para los españoles lo mismo que para nosotros la caza, las carreras y, en general, todo lo que huele más o menos a deporte. Andalucía es el cuartel general de todo esto, y la cuna de los más eminentes profesores que, en otras provincias, se convierten en estrellas, modelos y pautas, los observados por todos los observadores, y la envidia y admiración de sus entusiastas compatriotas. Esas cualidades son esencialmente andaluzas, y como el gusto delicado y el aroma de los vinos de Jerez, son locales e inimitables.

El traje provincial es tan extremadamente pintoresco que, en nuestra tierra, carente de trajes típicos, es adoptado para los bailes de máscaras; el que quiera verlo en todo su efecto tiene que ir a una aldea andaluza en algún día de fiesta, cuando todos salen vestidos con su mejor ropa. Cualesquiera sean los méritos de los sastres y las modistas, la naturaleza ha echado una mano en esta buena obra; el andaluz, además, está perfectamente moldeado para ello, porque es alto, bien formado, fuerte y nervudo. La hembra es digna de su compañero y con frecuencia su forma es de una impecable simetría, a la que hay que añadir su peculiar y muy fascinante gracia y movimiento, todo lo cual es esencial para los bailarines, los toreros y los majos. Estos se cuentan, evidentemente, entre los “objetos dignos de observación” de esta provincia, y sin duda el viajero, quiera o no, se encontrará con ellos a cada paso.

El majo, el *Figaro* de nuestros teatros, es enteramente, tanto por su palabra como por sus actos, de origen moro; es semejante al *Pallicar* griego, es el *dandi* local. El origen de la palabra es árabe: *majar*, brillantez, esplendor, viveza en el andar. Marcial, tal y como le describe Plinio el Joven (Ep., III, 21) que, aunque aragonés de nacimiento, era en realidad andaluz. *Erat homo ingeniosus (ingenioso hidalgo); acutus, acer, et qui plurimum in scribendo salis haberet et fellis*. Esta mezcla de sal y acíbar es muy propia de la tendencia a la sátira de los sevillanos, cuyas lenguas despellejan vivas a sus víctimas: *quitanle a uno el pellejo*. Los castellanos, más graves, hijos más verdaderos de los godos, o desprecian a los andaluces como medio moros, o bien se ríen de ellos como meros payasos y bufones, y cierto es que son algo holgazanes, insinceros, veleidosos y poco dignos. El majo reluce en sus terciopelos y botones de filigrana, sus borlas y sus dijes; su traje es tan alegre como su sol; para él la apariencia externa lo es todo. Este amor del *lucir boato*, es precisamente del árabe *batto, betato*; su epíteto favorito, bizarro, distinguido, es la palabra árabe *bessarâ*, “elegancia de forma”, de *bizar*, que significa joven. El majo es un verdadero presumido, muy fanfarrón; esta fanfarronería, tanto de palabras como de hechos, es también mora, ya que *fanfar e hinchar* significan ambas la misma cosa: distender, y en árabe, como en español, se aplica a las *narices*: la hinchazón de las ventanas de la nariz del caballo berberisco. En un sentido secundario, también significa pretensión. El majo, sobre todo si es *crudo* (véase *Jerez*), es amigo de las bromas pesadas, y sus ocurrencias y bromas tienen todavía en español nombres árabes: jarana, jaleo, es decir, *Khala-a*, zumbonería.

Es dado a los amores, por supuesto, y está lleno de requiebros o bromas al paso, cumplidos y réplicas ingeniosas. Se dirige a su *querida* con devoción oriental; es la “hija de mi alma”, “de mis ojos”, exactamente los *ya rojí, ya ainí, ya jabíbi* de El Cairo. El hecho de ponerse traje de majo es lo mismo que enarbolar la bandera de la diversión y la licencia; una maja elegante y bien arreglada anima a todo el vecindario; todos los hombres le ceden el paso, muchos se quitan la capa, mientras los estudiantes arrojan sus capas astrosas al suelo, para que los pies lentejuelados las pisen. “A las plantitas de usted”, “benditas sean tus ligas”, “¡qué compuesta estás!”, “¡vaya una majita!”, “¡más vales que toda Sevilla!”, “¡qué aire, qué toná, qué ojos matadores, ay de mí!”. Las personas así piropeadas, sobre todo el majo, nunca deben quedar sin decir la última palabra. Ningún sastre ni ningún manual bastan, sin embargo, para hacer un majo; ni conviene que cualquier forastero se lance demasiado pronto a estas justas y lides. Los que son capaces de ello y lo hacen bien, se convierten en la envidia y admiración de la plaza; “¡qué saleroso, qué gracioso, qué travesura y qué trastienda!”, “¡qué caídas tiene, qué ocurrencias, derrama sal y canela y es la sal de las sales!”. El majo de clase baja con frecuencia degenera en *bravo*, matón, perdonavidas y chulapo, muy guapo y valiente. Es el *baratero*, que cobra impuestos a los que tienen miedo a luchar con él.

Así son los indígenas de Andalucía. El suelo de su provincia es sumamente fértil, y el clima delicioso; la tierra abunda en vino y aceite. Los vinos de Jerez, las aceitunas sevillanas y las frutas de Málaga no tienen rival. Las llanuras amarillas, rodeadas por el mar verde, se doran al sol como un topacio engarzado entre esmeraldas. Estrabón (III, 223) no encontró mejor panegírico para los Campos Elíseos de Andalucía que citar la encantadora descripción del padre de la poesía (Od., A, 564): y aquí los clásicos, siguiendo su ejemplo, situaron el “Jardín de los Bienaventurados”, y este, después, se convirtió en el verdadero paraíso, el mundo nuevo y favorito del oriental. Aquí, los hijos de Damasco gozaron de una verdadera Arabia feliz europea. Seducidos por la fama de la conquista, que llegó hasta el Oriente, muchas tribus abandonaron Siria y se afincaron en Andalucía, de la misma manera que, más tarde, los españoles emigrarían a la dorada Sudamérica. Los recién llegados se mantuvieron aparte en la mayoría de los casos, aislados en clanes, y cada tribu odiaba a la vecina; una simiente de debilidad sembrada en la cuna misma del dominio moro. De esta forma, los árabes yemenitas de la sangre de Kháttan vivían en las llanuras, mientras que los sirios de la sangre de Adhán preferían las ciudades, y de aquí que se llamaran *Beladium*, y a ambos clanes se oponían los bereberes del Atlas.

Cuando estos ingredientes heterogéneos se mezclaron mejor, fue aquí, en un suelo favorable, donde el oriental echó raíces más hondas. Aquí es donde ha dejado las huellas más nobles de poder, gusto e inteligencia, aquí libró su última y desesperada batalla. Seis siglos después de que el frío norte fuese abandonado a los hispano-godos, Granada aún se defendía; y de esta gradual recuperación de Andalucía se mantienen aún las divisiones orientales en principados separados entre sí, que todavía se llaman los *Cuatro Reinos*, es decir, Sevilla, Córdoba, Jaén y Granada.

Estos ocupan el extremo sur de España y están defendidos de las mesetas frías del norte por la barrera de montañas de Sierra Morena –corrupción de los Montes Marianos de los romanos, y no derivado en absoluto del color pardo de su aspecto veraniego–. Andalucía consta de dos mil doscientas ochenta y una leguas cuadradas. Es tierra de montaña y valle; la parte más productiva es la cuenca del Guadalquivir, que corre bajo la sombra de Sierra Morena. Al sudeste se levantan los montes de Ronda y Granada, que siguen hasta el mar. Sus cimas están cubiertas de nieves eternas, mientras que la caña de azúcar madura en sus laderas. La gama botánica es, por lo tanto, interminable. Estas sierras están literalmente preñadas de mármol y metal. Las ciudades son de lo mejor de España por lo que se refiere a las bellas artes y a la vida social. En ninguna parte es más amable el trato; en ninguna parte son mejor recibidos los ingleses, porque Andalucía produce frutos y vinos y es una provincia exportadora. De esta manera, Málaga y Jerez son diametralmente opuestas a la Cataluña antibritánica, monopolizadora y manufacturera. Aquí, igualmente, vemos una

parte de la misma Inglaterra: Gibraltar, mientras que Sevilla, Córdoba, Ronda y Granada, cada una a su manera peculiar, no tienen rival ni en España ni en Europa.

Por fértil que sea el suelo y favorable el clima, no hay provincia en España, excepto Extremadura, de la que hayan sacado menor partido sus habitantes, quienes con su extraña apatía, han permitido que los dos distritos más ricos y mejor cultivados bajo los romanos y los moros se hayan cubierto de malas hierbas y de maleza; por todas partes la abundancia de vegetación silvestre muestra qué cosechas podrían crecer con el más elemental cultivo. De aquí, de los recovecos de la barrera de Sierra Morena hasta las llanuras que bordean el estrecho de Gibraltar, se extiende un campo vasto e inexplorado para el botánico y el deportista. Nada sorprende más que la brillante flora de mayo y junio: es la de un invernadero que se ha desbocado; flores de todos los colores, como copas perfumadas de rubíes, amatistas y topacios llenos de luz solar, que tientan al forastero a cada paso; florecen y se sonrojan sin que el indígena se fije en ellas. La nomenclatura de las plantas más corrientes está tomada casi siempre del árabe, indicio suficiente del lugar de donde el español ha tomado sus limitados conocimientos.

Estas dehesas y despoblados, o llanuras desiertas, son de gran extensión. El país sigue tal y como quedó después de la derrota de los moros. Las primeras crónicas, tanto de cristianos como de musulmanes, están llenas de narraciones de las incursiones anuales que ambos infligían unos a otros, y a las que las zonas fronterizas estaban siempre expuestas. El objeto de esta guerra de guerrillas fronteriza era la extinción, talar, quemar y robar, cortar árboles frutales y exterminar a las aves del cielo. La guerra de exterminio fue la propia de naciones y credos rivales. Fue verdaderamente oriental, y la misma que ha descrito Ezequiel, que conocía bien a los fenicios: “Id en su pos por la ciudad y golpeadles; que vuestro ojo no tenga piedad, y no la tengáis tampoco vosotros; matad completamente a viejos y a jóvenes, a doncellas y niños pequeños y mujeres”. El deber religioso de golpear al infiel vedaba la piedad a ambos bandos por igual, porque la incursión cristiana y la cruzada eran la exacta contrapartida de la *algara* musulmana y la *alghihad*; mientras que, por razones militares, todo era convertido en un desierto, para crear una frontera edomita de hambre, una zona defensiva por la que ningún ejército invasor pudiera pasar con vida, “las bestias del campo eran las únicas que proliferaban” (Deut., VII, 2). La naturaleza, abandonada de esta manera, volvía por sus fueros, y ha arrojado de sí toda huella de antiguos cultivos, y distritos que fueron graneros de romanos y moros ofrecen ahora los más tristes contrastes de su antigua prosperidad e industria. La fisonomía del suelo y el clima en estas llanuras desiertas es ahora verdaderamente africana. Algunos campesinos nómadas, medio bereberes, cuidan de sus rebaños, que merodean por las llanuras solitarias y sin vallar. Los

principales arbustos y plantas de hoja perenne que cubren tanto estas llanuras como la mayor parte de los páramos y las partes cálidas de la Península; estos montes, cotos, matas y dehesas, estos reductos del deportista y el botánico, son variedades de brezos: helecho; de retama, hiniesta; de romero; de lechetrezná, torvisco; de lavándula, espliego, cantueso, alhucema; de tamarisco, tamariz; de tomillo; de *Cytisus laurustinus phillarea*, saó, y de laurel; de junípero, enebro; de *Arbutus*, madroño; de ladierna y ligustro; de *Artemisia*; de regaliz, oruzuz; de sabina y *Passerina hirsuta*; de *Oleander*, adelfa; de toda clase de *Cistus* o cergazos, jara; de miraguano enano, palmito, *Chamaerops humilis*; de la aceituna silvestre, *Acebutche*; de *Ilex, encina*; de *coscojo*; de *chaparro*; de mirto, arrayán; de alcornoque; de rododendro, ojaranzo; de *Cistus halinifolius*, saquazo; de *Hedysarum coronatum*; de *Caper*, alcaparro; de lentisco; por no hablar de las plantas acuáticas de los pantanos y ciénagas. Las vallas, donde las hay, se componen de higo chumbo, *Ficus indica*, *Cactus opuntia* y de aloe, pita, *Agava americana*. No hay nada más impenetrable; estas empalizadas desafiarían a un regimiento de dragones o de cazadores de zorras. Los nativos llaman a las hojas puntiagudas del aloe, “mondadientes del diablo”.

La botánica de España, como otras ramas de su historia natural, no ha sido aún suficientemente descrita: y lo que se ha descrito de ella, como en el Oriente, ha sido en gran parte obra de extranjeros, y por su iniciativa. Fue Linneo quien acusó primero a los españoles de una *barbaries botanica*, y envió a su discípulo, Peter Loeffling, a coleccionar una *Flora Hispánica*. Richard Wall, irlandés y primer ministro de Carlos III, empleó también a su compatriota William Bowles para investigar la historia natural de España. Su trabajo, *Introducción a la historia natural*, aunque apenas comienza a atacar la periferia del problema, sigue siendo uno de los más citados en la Península. Ha tenido muchas ediciones: la tercera, Madrid, 1789, es la mejor. En nuestra época, el capitán Widdrington ha prestado mucha atención a este tema, y ha indicado a futuros investigadores las diversas ramas que requieren su atención; ciertamente, la mayor parte de la Península sigue siendo casi una *terra incognita* para el naturalista.

La agricultura está también en baja y, sin embargo, esta es la verdadera fuente de la riqueza de España, la mina inagotable que yace sobre la superficie misma. Los cartagineses Mago y Columela fueron los maestros de la Italia antigua, de la misma manera que los moros lo fueron de la Europa medieval. Su sistema de irrigación en Valencia y Murcia no tiene rival. Las obras de Abu Zucaria Ebn al Auan llegaron a ser autoridad en Europa, y Gabriel Alonso de Herrera, que se inspiró en ellas, es el padre de la moderna labranza. Pero la agricultura ha decaído al ritmo de la mayor parte de las cosas en España. Los procedimientos de elaboración de aceite y vino semejan los de los antiguos. Y este es el país que puede servir perfectamente de ilustración para la obra de Adam Dickson sobre la labranza de los antiguos (2 vols., Edimburgo, 1788). España estuvo en otros

tiempos a la cabeza de Europa en muchas cosas, pero su sol lleva mucho tiempo parado; atado por el orgullo y los prejuicios, el país ha permitido que el mundo le pase de largo para acabar dejándolo a mucha distancia. Nunca florecieron aquí la geología, la zoología, la ornitología, la entomología, ni ninguna de las otras “ologías”; la mayor parte de la gente prefiere la *olla* y apenas siente el amor de la naturaleza, ni se ha ocupado de investigar sus procesos. Y, sin embargo, el aire allí está saturado de la vitalidad de la creación, y la tierra está siempre ocupada en abastecernos de flores y frutos; cuánto queda aún por observar en estos campos de estudio, los más fascinadores de todos, ya que sitúan al estudiante en contacto íntimo con la naturaleza. Al mismo tiempo, esta agradable ocupación no carece de peligro: es fácil coger fiebres en los pantanos cuando se trata de seleccionar curiosos juncos, y el botánico corre peligro de ser robado por *raterillos*, inquietado por alcaldes ignorantes y puesto en entredicho por los campesinos, que le sospechan buscador de tesoros ocultos. Conviene, por lo tanto, ir siempre con un guía, después de haber puesto debidamente sobre aviso a las autoridades, explicándoles anticipadamente los objetivos.

EXCURSIONES Y GIRAS BÁSICAS POR ANDALUCÍA

Las mejores ciudades para residencia son Granada en verano y Sevilla en invierno; en Gibraltar (que es inglés, no español) abundan el bienestar material y la ayuda médica, pero la Roca es, después de todo, una mera prisión militar. La primavera y el otoño son los mejores periodos para una gira por Andalucía: los veranos, excepto en los distritos montañosos, son tremendamente calurosos, y los inviernos muy lluviosos.

El río Guadalquivir está bien abastecido de barcos de vapor que van a Sevilla, pero, excepción hecha del Camino Real a Madrid y el de Málaga a Granada, no hay coches públicos; más aún, apenas carreteras, aunque se habla mucho ahora de *railés*. Desde Cádiz, por lo tanto, hasta Játiva, cerca de Valencia, domina el medio beduino de transporte, es decir, el caballo. Hay, desde luego, algunas *galeras*, que transportan su lento peso a lo largo de fangosos baches, tan profundos como la rutina y los prejuicios españoles, o bien por veredas pedregosas hechas por las cabras salvajes, pero por las que ningún hombre que aprecie su tiempo, o sus huesos, se arriesgaría. *¡Que Diable!, allait-il faire á cette galère?*”.

GIRA DE TRES MESES

Esta gira puede realizarse por medio de una combinación de vapor, caballo y coche.

Abril

Gibraltar, vapor.

Tarifa, caballo.

Cádiz, caballo.

Jerez, coche.

Sanlúcar, coche.

Sevilla, vapor.

Córdoba, coche.

Andújar, coche.

Jaén, caballo.

Mayo

Bailén, coche.

Jaén, coche.

Granada, coche.
Lanjarón, caballo.
Berja, caballo.

Junio

Motril, caballo.
Vélez Málaga, caballo.
Alhama, caballo.
Málaga, caballo.
Loja, coche.
Antequera, caballo.
Ronda, caballo.
Gibraltar, caballo.

Los que vayan a Madrid pueden ir a caballo desde Ronda hasta Córdoba, por Osuna. Los que vayan a Extremadura pueden ir a caballo desde Ronda hasta Sevilla, por Morón.

GIRA MINERO-GEOLÓGICA

Sevilla.
Villanueva del Río, caballo, carbón.
Almadén de la Plata, caballo, plata.
Guadalcanal, caballo, plata.
Almadén, caballo, mercurio.
Excursión a Logrosán, caballo, fosfato de cal.
Córdoba, caballo.
Bailén, coche.
Linares, caballo, plomo.
Baeza, caballo, plomo.
Segura, caballo, bosques.
Baza, caballo.
Purchena, caballo, mármoles.
Macacl, caballo, mármoles.
Cabo de Gata, mármoles.
Adra, caballo, plomo.
Berja, caballo, plomo.
Granada, caballo, mármoles.
Málaga, coche.
Marbella, caballo, hierro.
Gibraltar, caballo.

VIDA SOCIAL Y MANERAS EN EL SUR DE ESPAÑA

En la España dislocada y desunida, donde las diferencias de clima son tan grandes, es natural que las casas y las costumbres domésticas sean también variadas e inestables, a fin de adaptarse a las circunstancias concretas de cada caso; por lo tanto, será útil algún vislumbre de las principales peculiaridades de la vida social del sur de España para el viajero que trata de llegar a algo más que a un superficial conocimiento del aspecto externo del país, que su pasaporte y un documento de crédito le facilitarían en cualquier caso. Estos instrumentos, además, solo le servirán para abrirle las puertas de ciudades y fondas, y para garantizarle las atenciones de la ansiosa calaña que le seguirá por *sus panes y sus peces*, mientras que un conocimiento y una práctica de esas maneras le abrirán los corazones y los hogares de esa buena gente que no tiene por costumbre cobrar dinero a la puerta por dejar entrar. El criterio oriental de que *las maneras hacen al hombre* sigue constituyendo una regla importante del código social de España, donde faltar a las reglas convencionales de comportamiento y buena educación trae consigo más desgracias para el ofensor que la ruptura de las leyes divinas. Aquellas reglas son impuestas por uno mismo, y por ser cosas de opinión, no existen más que por el sistema de excluir a los que las contravienen. Ocurre allí como en Oriente, que “nada en cuestión de forma, maneras o trato es indefinido, arbitrario, mutable o dejado al impulso del momento o al gusto del individuo: las exigencias inalterables de la sociedad son familiares a todos: todos, por lo tanto, saben cómo conducirse en cualquier situación nueva con dignidad y sin apuro, torpeza o vulgaridad”. El oriental, elevado a un alto cargo desde una condición baja anterior, asume inmediatamente las maneras correctas y las actitudes del pachá; Sancho Panza hizo lo mismo en su gobierno, como también el regente Espartero, aunque fuese igualmente hijo de un campesino manchego. Esto resulta extraño a la naturaleza inglesa, pero es lo que ocurre a diario en España, donde, en ausencia de instituciones inamovibles, la gente se guía por personalidades, por accidentes fortuitos del momento; allí, el poder, conseguido todavía gracias a la simple influencia personal, no es apenas inferior al *chatir* de los turcos; maneras agradables, exudando cortesía del cielo, bastan para ganarse la fidelidad de los corazones españoles. Es preciso, sin embargo, tener cuidado (como sabía Hamlet) de que esta “cortesía” sea de buena casta;

o más bien, de lo que los nativos consideran buena casta, porque cada país tiene sus propios patrones, a los que el recién llegado no tiene más remedio que adaptarse. La manera aceptada y obligada a la que los españoles están habituados y las ceremonias de su vida externa están tan unidas a sus sentimientos que les resulta difícil separar cosas e ideas de sus signos externos y de las personas que los representan. El carácter nacional nunca se expresa de manera más inteligible que a través de estas formas, y quitar importancia a estas indica falta de conocimiento del mundo y del corazón humano. Los españoles, por razones tanto geográficas como de idiosincrasia, nunca se han mezclado demasiado con otros países: Estrabón (III, 200, 234) atribuye la aspereza de los iberos a su aversión al trato social con extranjeros, a su *το αμικτον και ανεπιπλετον*, y al hecho de que viven apartados, *το εκτριπιον*. Como sus antepasados, los españoles, que tienen pocas oportunidades de observar otras costumbres que las suyas propias, actúan y razonan ante un extranjero de la misma manera que cuando se ven frente a un toro extraño a quien no han tenido el gusto de ser presentados: la primera impresión es más bien de ponerse en guardia. Tienen buenas razones para aceptar la interpretación antigua de *hostis*, en el sentido de extranjero y de enemigo, porque, desde los tiempos de los fenicios hasta ahora, España les debe a los extranjeros poco más que invasiones y sometimientos. La esencia del verdadero *españolismo* es no someterse a cualquier dictado extranjero. Fernando VII, que era, a su manera, dicharachero, y además español hasta la médula, solía desear ver a sus enemigos los *gabachos* franceses colgados (con las entrañas) de sus amigos los borrachos ingleses; real y grata metáfora de sogá tomada del suave pasatiempo de las corridas de toros, en las que los caballos corneados tiran sus largas entrañas sobre la arena del ruedo. Sin embargo, y al contrario de lo que, afortunadamente, suele ser el caso de John Bull –en quien la primera sensación abstracta de recelo contra un extranjero se ve algo neutralizada más tarde– el español, a pesar de todo, sigue mirándole como si fuera un perro, el cual, si no mueve la cola, es porque va a morder; y si no cogemos una piedra, por lo menos pensamos que es un chucho indecente y en el mejor de los casos nos abstenemos de acariciarlo o de hacerle fiestas. Y una vez pronunciado el veredicto fatal de que el forastero “no conoce el mundo o no tiene educación”, o sea, que no tiene lo que para nosotros equivale a modales de caballero, queda marcado. Ni la fortuna, ni el soborno, ni las alabanzas de los adulones, ni siquiera la ventaja de tener un buen cocinero bastarán para conseguir que el *gallego inglés* sea admitido en la buena sociedad. La educación de un caballero, entienden ellos, que se refiere a los modales y a la conducta más bien que al leer, el escribir y la aritmética: *ineducado*, significa para ellos que no tiene maneras, no que no tenga letras; y cada sociedad tiene, sin duda, derecho a imponer sus propias condiciones y cualificaciones a los candidatos, así como a rechazar a aquellos que rehúsen adaptarse al patrón de la mayoría.

Así, Plutarco nos cuenta que cuando Agesilao fue recibido por Tacos, le fue ofrecida una magnífica cena a la manera más propia de los egipcios: los nativos tenían la más alta opinión de su huésped hasta que este rehusó los dulces y los perfumes, y entonces, inmediatamente, sintieron el más hondo desprecio por él, considerándole persona no acostumbrada a las exquisiteces de la vida civilizada y, por lo tanto, indigna de ellas. Ahora bien, como las influencias antiguas y orientales tienen un peso más profundo en la aislada España que en otros países europeos, si queremos ser bien recibidos por los españoles tendremos que mostrar nuestra disposición y buena voluntad cuando se trata de entrar en contacto, dando nosotros el primer paso y a su manera. El español, como el inglés, mejora con el trato; su primera reacción es algo distante y reservada. No se adelanta a la amistad ajena, ni ofrece o hace nada el primero; es orgulloso más que vanidoso, bien educado más que afable; no prostituye su afecto y su admiración de la misma manera para con todo el mundo que pasa a su lado, ni es derrochón con sus cortesías, con lo que cuando las brinda, las hace dignas de ser aceptadas y consideradas como una distinción:

[...] No adula ni habla suavemente,
ni sonrío al rostro ajeno, sinuoso, engañoso y tramposo,
inclinándose a la francesa e imitando cortesía.

Se mantiene más bien altivo y a la defensiva; pero cuando ve que el forastero es de su misma clase, persona de quien se puede fiar, y con quien puede tratar, abre su corazón amplia y francamente —y como el árabe, pasando de un extremo al opuesto— arroja de sí toda reserva y se vuelve abierto y dispuesto a las intimidades. Desea que su amigo le trate a él con toda *franqueza española*, y frecuentemente, como él mismo añadirá, *e inglesa*. El valor de la buena fe del inglés ha arraigado mucho en la mentalidad nacional. Este sentido mutuo del honor, del pundonor; este respeto personal constituye desde hace largo tiempo una cualidad de la que ellos, como individuos, están, y justamente, orgullosos. Los dos países se son simpáticos, no antipáticos. De esta manera, el español, que nunca soñaría siquiera en confiar en uno de sus compatriotas, adelantará dinero o confiará valiosos objetos a un inglés, aun cuando sea un completo desconocido. Él considera que la fe de caballero inglés, la palabra de un caballero inglés, es como el *kilmet el ingliis* del Oriente, es decir, garantía suficiente; y hasta ahora, como España no se ha convertido en una Boulogne o una Botany Bay,* ningún estafador autoexiliado ha enturbiado la honorable reputación de su país.

En España el viajero debe tener muy presente la necesidad de dejar a un lado sus prejuicios y sus conclusiones previas, que son el más engorroso de

* Colonia penal inglesa situada en Nueva Gales del Sur, Australia.

los equipajes. Ya tendrá tiempo de formar una opinión cuando haya visto el país y estudiado a los nativos; muchas cosas allí le parecerán completamente absurdas, es posible que incluso lo sean, y quizá chapadas a la antigua para el individuo cosmopolita y liberado de prejuicios procedente del Nuevo o del Viejo Mundo. Pero ¿conseguirá acaso convencer al español de que abandone sus predilecciones naturales y nacionales? Lo único que conseguirá, al fin y a la postre, es que siga fumando su puro y pensando que los críticos son envidiosos o tontos, o ambas cosas. Y después de todo, nadie mejor juez que él de lo que les va bien a él y a su clima, sobre todo cuando el forastero en cuestión ignora las influencias religiosas, políticas y sociales de que son resultado las maneras de un país: *Más sabe el necio en su casa, que el cuerdo en la ajena*. En España, *costumbres hacen leyes*, y a estas leyes de la costumbre se han sometido los tiranos más despóticos y han neutralizado prácticamente muchas instituciones que, en teoría, eran de lo más atroz. Con ellas, por lo tanto, el hombre prudente procurará transigir, y el que no pueda y prefiera encontrar faltas a lo que el país entero aprueba, no debiera sorprenderse u ofenderse si luego el español le dice, como ciertamente le dirá: “¡Vaya Vmd. con Dios!”, o sea: “Veámonos lo menos frecuentemente que sea posible, y mejor aún no nos hablemos; se equivocaron cuando le bautizaron a usted”.

Es increíble lo populares que son los ingleses entre los españoles con solo que se adapten a sus formas sociales; unas pocas inclinaciones cuestan poco, y quitarse el sombrero, sobre todo ante las damas y en un clima templado, no resulta trabajo arduo. Nuestros compatriotas en su tierra están demasiado ocupados y tienen demasiado miedo a resfriarse para estarse parados derrochando cumplidos y con la cabeza descubierta al aire libre y al relente, además del temor a ser considerados afeminados y afectados. No es la costumbre del país, y por lo tanto, es y lo parece extraño, cosa que a nadie le gusta: esto puede pasar en Pall Mall, pero no en el Prado. La mejor regla es: al desembarcar en Cádiz, considerar que todos los que vayan con chaqueta de cola son marqueses, hasta que resulten ser camareros –incluso en este caso no sale uno perdiendo mucho– y el error le sirve a uno para comer antes. Lo mejor es siempre curarse en salud. Cuando los españoles ven a un inglés que se comporta con ellos como ellos con él y con otros caballeros, como no lo esperaban, reaccionan y se dicen: “He tratado con el inglés; es tan formal y cumplido como nosotros”. Se les presenta, así, en favorable contraste frente a esos patanes hoscos que no hacen sino confirmar la caricatura continental sobre nuestra torpeza y ceño nacionales. Sin embargo, no debiera pensar el grosero culpable que sale incólume de la prueba; no hay país que tenga un sentido más verdadero de lo que es adecuado o una percepción más rápida del ridículo que el español, y más aún el andaluz. Al individuo que tienen delante se le mide de pies a cabeza con una sola mirada: cada uno de sus defectos es aquilatado, se le desuella entero, *le quitan el pellejo*, y un delicioso

nombre postizo, “apodo”, le sigue adonde quiera que vaya, como si fuera su propia sombra.

La mejor forma de hacerse una idea de la vida y las maneras de Andalucía es describir las casas de Sevilla y la primera visita a ellas de un forastero. Esta ciudad, como la mayor parte de las de construcción mora, está llena de callejas tortuosas, estrechas, retorcidas. Es muy fácil perderse en este laberinto: los coches solo pueden pasar por las más anchas de esas calles, que fueron trazadas antes de que hubiera coches, cuando la gente iba a pie o a caballo. En invierno parecen fondos de pozos, pero en verano son frescas y agradables, por estar siempre a la sombra. Los moros sabían lo que se traían entre manos. Ahora bien, las corporaciones ilustradas –ante la insistencia de los reales académicos– están haciendo todo lo posible en este momento por ensancharlas, dejando así el paso al sol ardiente y destruyendo su pintoresquismo irregular. Nerón hizo lo mismo con Roma, pero los que han seguido este ejemplo no tardarán en darse cuenta de los inconvenientes que, por otra parte, no escaparon a la observación del filósofo Tácito (An., xv. 43; Suet., Ner., 38).

Las casas son sólidas y tienen un aspecto por fuera como de cárceles a causa de las rejas de hierro que protegen las ventanas, porque *niñas y viñas son mal a guardar*. Estas *celosías* han sobrevivido, y son recuerdo de maridos celosos, raza ahora casi extinguida y que, como las *dueñas* españolas, brujas, dragones y otros centinelas medievales para damiselas de virtud sospechosa, han quedado relegados para que los novelistas extraigan moralejas o adornen un relato. Desde la revolución francesa, ser celoso no es ya de *bon ton*, y se considera costumbre vulgar. Entre las clases bajas, sin embargo, la pasión de ojos verdes sigue ardiendo con tonos de venganza morisca dignos de Otelo, y se diga lo que se quiera de las clases altas, lo cierto es que no hay *cortejos* ni *cavaliere serventes* entre los numerosos humildes. El cortejo, sin embargo, es también cosa pasada, y era el nombre que el honrado sureño daba a lo que en otros países no lo tenía, o lo tenía muy distinto: por ejemplo, “mi primo”; de la misma manera que los turcos piensan que la expresión inglesa para ir a visitar el *harem* es “ir al club”.

Los profundos alféizares de las ventanas españolas se ven frecuentemente convertidos en gabinetes íntimos, y sombreados con toldos: en ellos el sexo atezado se sienta a tomar el aire y hacer ejercicio, cantando como mirlos enjaulados, bordando o mirando a la calle y siendo miradas; y ciertamente, estos seres superiores, cuando se les ve en sus balcones desde abajo, son, como dice Byron, más interesantes que las heroínas irreales de Goldoni o que los cuadros de Giorgione. Esta costumbre se considera incurable, *mujer ventanera, tuércela el cuello si la quieres buena*, o sea, que el remedio para una mujer que siempre está sacando la cabeza por la ventana es retorcerle el cuello. Estos barrotes recuerdan los enrejados del *harem*, detrás de los cuales se esconden las damas orientales y como ellas, las andaluzas no se quejan del *aparente encierro*. La tolerancia no

es en el fondo más que indiferencia y son guardadas como tesoros preciosos. Están seguras detrás de las rejas contra todo excepto las miradas, la artillería ligera de Cupido, las serenatas y los requiebros o expresiones de cumplido y cariño, contra las que ellas no tienen nada que oponer. Encerradas, adquieren aspecto de monjas –lo que ciertamente no son– o de princesas cautivas de los romances, hasta tal punto que todos los hombres de corazón tierno se sienten imperiosamente dispuestos a liberarlas de la aparentemente vil mazmorra.

De esta manera, al anochecer, el paladín elegido, envuelto en su capa, se inclina contra estas rejas, únicos testigos –como dice Cervantes– del amor secreto, y murmura dulces tonterías a su querida, su amor, que no puede salir de allí; de aquí que esto reciba el nombre de “comer hierro”, que es otra expresión para indicar el flirteo, o “pelar la pava”. Este régimen metálico hace al amante tan bravo como el comer hierro hace a la gente en todas partes. A estos es a quienes los alemanes llaman *eisen fressern*, o sea, devoradores de hierro, que comen, digieren y desafían a todo. El puntillo de honor nunca permite que una persona pase entre el paladín y la ventana, ocupando de esta manera el espacio o el trozo de pared que le pertenece. Estas misiones eran absolutamente necesarias en otros tiempos, aunque las partes interesadas podían muy bien verse mano a mano el día entero, y el verdadero cumplido consistía precisamente en que el caluroso amante se estuviese allí fuera media noche, *al fresco*. Las clases altas encuentran ahora que resulta igual de bien hacer el amor de puerta adentro, sea porque así el corazón de las damas se haya templado, o hayan refrescado más las noches. Las clases inferiores continúan con su vieja costumbre de gatos nocturnos. Nada era antes, o es ahora, considerado más degradante para el amante que verse forzado a abandonar su puesto y, por lo tanto, un español dirá, pongamos por caso: “Tenga cuidado, no vaya a ser que le quite yo el sitio, le tome el pelo o le quite el aliento”, “cuidado que no venga yo a cobrarle a Vmd. el piso”. El hecho concreto de poner esto en práctica es una de las causas fatales de la “puñalada traidora en plena noche”. Las clases bajas no toleran tonterías en estos casos: a una palabra se contesta con un golpe. Esta celosa ocupación concuerda bien con la angostura de las calles, donde no hay gas y solo acá o allá reluce una lámpara vacilante ante una imagen de la Virgen, que únicamente sirve para hacer visible la oscuridad. Es como interpretar *El Barbero de Sevilla* en la realidad. Esta cercanía estimula las declaraciones de amor, que en las aldeas se hacen con ayuda de un bastón, que la mayoría de los españoles suele llevar: uno con un bulto redondo al extremo, llamado *porra*, suele preferirse para dar golpes de lo más contundentes; su uso legítimo es para castigar al caballo, y su abuso amatorio es de la manera siguiente: cuando quiera que un amable rústico piensa que ya ha machacado suficientemente el corazón de su gran amor, se declara poniendo el bastón entre las rejas y diciendo: “¿Porra dentro o porra fuera?”; si la suave doncella no se opone, la porra se queda dentro, pero si

ocurre lo contrario, con rechazar el bastón rechaza a su dueño, *le da calabazas*, con lo que este recoge su porra y se va, deseándole cortésmente a la dama que siga con Dios: “Pues quede Vmd. con Dios”. Esta frase de “porra dentro o porra fuera” se usa con frecuencia a manera de equivalente de “sí” o “no” entre los majos sevillanos.

Estrechas, oscuras, como enjauladas y sombrías, son las calles, pero el interior de las casas es exactamente lo contrario. El exterior era siempre hosco entre los moros para desarmar el temido mal de ojo del que deseaba casa, o mujer ajena: de esta manera la riqueza que tentaba al codicioso quedaba escondida, por no decir nada de la necesidad de mantener fuera al calor y dentro a las mujeres: la casa andaluza, y especialmente la sevillana, es la personificación del frescor; el contraste que supone pasar del horno radiante de la plaza abierta a esta fresca semioscuridad es encantador. Muchas casas tienen el escudo de armas del dueño tallado sobre el portal, o bien pintado en porcelana, azulejos: esto denota la *casa solar* o mansión señorial, y es también protección contra la Ley de Mostrencos, según la cual todas las propiedades cuyo título no podía ser probado revertían a la corona. Era también corriente colgar cadenas sobre los portales de cualquier casa donde el Rey hubiera entrado; los dueños se enorgullecían de ellas, pues no eran meramente decoraciones de honor, sino que eximían al edificio de tener que alojar en él soldados; era el signo que “prohibía el paso al destructor”.

Una palabra antes de decidirnos a golpear, o llamar más bien, a la puerta. El viajero que se ha armado de su carta de presentación –que es como la semilla de la futura amistad– no debiera enviarla, sin embargo, sino más bien presentarla personalmente. Pero no haría bien si no diese a la familia algún aviso anterior de su visita y del objeto de esta. “Rendir visitas”, como el verbo mismo indica, es una cosa seria, y en ningún lugar lo es tanto como en España. El tiempo allí no tiene valor alguno, y perderlo es una bendición; por lo tanto, una visita es un don de los cielos: los españoles no tienen la menor idea de que baste con dejar una tarjeta, esto para ellos no es una verdadera visita y, por lo tanto, cuando los visitados no están en casa, el visitante escribe “E. P.”, o “en persona”, en el extremo de la tarjeta, de la misma manera que en Londres el portero marca “enviada” o “traída por el interesado”. Las tarjetas de visita españolas raras veces llevan dirección, pues como todos viven en un grupo social bien definido, se da por supuesto que todos saben –y de hecho lo saben– dónde viven todos sus amigos. El viajero, naturalmente, tiene que poner su dirección, hasta que se haya convertido en “uno de nosotros”. Las líneas limítrofes sociales son rígidas: el Rubicón de la casta se pasa raras veces; la *sangre azul*, *sangre su*, el *ijor*, no se mezcla nunca, por medio de matrimonios mixtos, con el charco rojo o negro del plebeyo; hasta hace muy poco la división aristocrática raras veces se rompía a favor de recién llegados; no se podían hacer fortunas súbitas en la quebrada

España, donde la aristocracia del abono, el contador o la tejedora es desconocida. Aunque es cierto que algunos ministros ineficientes y maniobreros eran compensados a veces con títulos de Castilla, los verdaderos poseedores de la sangre noble, que no depende de mercedes reales, consideraban al intruso con desprecio. Esta multiplicidad de títulos nuevos degrada a la nobleza antigua más bien que elevar a la nueva. Este número limitado de la nobleza verdaderamente antigua explica el conocimiento íntimo y minucioso que sus miembros tienen de los entronques y alianzas que ha habido entre ellos. La alta sociedad sigue siendo el mismo tipo de estado que era en Inglaterra en los tiempos de la reina Ana, cuando cabían en un salón la Corte y los que tenían acceso a ella. Las clases altas con frecuencia escriben en sus tarjetas de visita sus principales títulos y los de la familia de sus mujeres: el duque de San Lorenzo, de Val Hermoso-Conde de Benalúa, entendiéndose que este último es de su mujer. El título de duque es el más alto, e implica necesariamente grandeza de España. No hay que deducir de aquí necesariamente, sin embargo, que todos los grandes son duques; muchos de ellos son marqueses y condes como, por ejemplo, Alcañices, Puñonrostro, Chinchón. El título, en realidad, carece de importancia; la verdadera calidad está en ser grande, porque esto les da perfecta igualdad entre sí, ya que todos son *pares*, iguales, sin que importe el rango o la fecha de su creación. La dignidad es el rey quien la confiere, pidiéndoles que se cubran en su presencia; de aquí que (ya que la forma acaba comiéndose al fondo) como el *saco de lana* significa entre nosotros el cargo de lord Canciller, *sombrero* en España signifique grande. La cortesía de que es objeto el sombrero de un caballero particular es notable, sobre todo entre la gente bien de provincias: no se le permite tenerlo en la mano, ni dejarlo en el suelo; el atento dueño de la casa se crece en este tipo cardinal de cortesía: coge el sombrero, a pesar de la débil resistencia, lo deja sobre un cojín, solo, en una silla o bien sobre el sofá, sitio de honor. La diferencia entre los españoles y los moros, en muchas cosas además de esta, consiste solamente en que aquellos llevan sombrero y estos turbante. Lane describe el mismo tipo de atención para con el turbante; la silla en que este reposa se llama *kuu'rsi el emámeh*. Y los antiguos rendían los mismos honores a la espada: Minerva, después de haber cogido a Telémaco por la mano, cuida de su *χαλκεον εγχος* (Od., I, 121). El viajero, si quiere ser muy cumplido y muy formal, palabra esta que no tiene el mismo quisquilloso significado que en inglés, debe recordar que siempre que un español con quien él desea mostrarse atento vaya a visitarle a su casa tiene que quitarle el sombrero *nolens volens* y ponerlo, como si fuera un cristiano, sobre una silla para él solo. Los grandes se enorgullecen de tener varios sombreros: *dos veces, tres veces grande de primera clase*. Es cierto, aunque sea una triste broma, que tienen muchos sombreros, pero ninguna cabeza. Los grandes se tratan entre sí como primos, y se tutean, se dan el tú de la relación familiar; todos ellos tienen derecho al trato de *Eccelesia*: este título, el más codiciado de España, se pronuncia, en la

lengua de la calle *vo essencia*. La nobleza inferior de título, títulos de Castilla, es innumerable y son todos tenidos en poca estima por los verdaderos grandes, aunque, como nuestros *baronets* de las villas provinciales, tienen cierto rango social en las provincias lejanas: su tratamiento es de *su señoría*, y se abrevia en *usía*, que también es el tratamiento que dan las clases bajas en España a los extranjeros que, a su modo de pensar, parecen tener categoría o dinero. *Vo essencia* y *usía* son palabras poco usadas en la buena sociedad; la forma más común de cortesía entre la gente es allí *usted*, abreviatura de *vuestra merced*. El soberano trata a todos los grandes de primos, como si de hecho lo fueran: “Nuestros leales y muy amados primos”, cosa que, por otra parte, eran en realidad en los primeros tiempos, cuando se casaban con las infantas reales. A sus demás súbditos les trata de *vos* u *os*, con la única excepción del clero, al que trata de *usted*. La nobleza de sangre no depende en España del título solamente, el cual desciende con el mayorazgo o propiedad vinculada al hijo mayor. Las ramas menores, aunque no sean más que *hidalgos*, hijos de algo, hijos de alguien, son, a pesar de todo, considerados tan buenos caballeros por la sangre como el poseedor del título familiar. En España, donde la pobreza no es delito, donde *pobreza no es vileza*, un buen apellido es mejor pasaporte que un reluciente título nuevo, que cautiva, sin embargo, al asombradizo inglés o norteamericano, *qui stupet in titulis*, el español se contenta con el *don*, el simple prefijo de la gente bien nacida. Esta palabra, corrompida del latín *Dominus*, tiene su origen en el *Adhon Adonai*, el Señor de los hebreos. El cartaginés del *Penulus* (Plaut., v, 2, 38) usa el término *donni* exactamente en este sentido, o sea, caballero; el antes muy honroso don era el equivalente de nuestro caballeroso *sir* y ambos han perdido valor en parecida medida. Se usan los dos de la misma manera, y han de ir unidos al nombre de pila: don José, don Juan, o sea, sir Joseph, sir John; decir don Quesada resultaría tan ridículo como decir sir Peel; hay que decir don Vicente Quesada. Cuando no se sabe el nombre de pila, el título de *señor* se prefija con el añadido de la partícula *de*, lo cual, aunque es un galicismo, ha adquirido carta de naturaleza, y la omisión es ofensiva. Señor de Quesada es la manera de llamar a un caballero. Señor Quesada, la de llamar a un don nadie, que en ningún lugar del mundo *es menos que nada que en España*. Los españoles muestran gran tacto cuando se trata de evitar la omisión del don, sonido que suena bien en todas las orejas españolas, ya sean grandes o pequeñas, altas o bajas. Como los orientales, los españoles gustan de las distinciones y las apelaciones personales; un operario se siente ofendido si no se le llama *señor maestro*, como si, en efecto, lo fuera de su oficio.* Y esta suposición, aunque sumamente gratuita, no debiera ser olvidada por el viajero que tiene prisa en que le hagan algún servicio. El español, normalmente, llama a *su* esposa

*Maestro, *magister*, maestría (en inglés, *Master, Magister, Maistry, Mastery*) indicaban en la Edad Media saber e inteligencia.

mi mujer, como *ma femme*, pero cuando habla de la esposa de su vecino suele decir *la señora*, o bien *la esposa de Vmd.*; un extranjero puede vivir durante años en una ciudad española y ser conocido por todos sus habitantes sin que diez españoles siquiera sepan su apellido, de la misma manera que la gente de Inglaterra tampoco sabe que Tenorio era el de don Juan. Los españoles bien nacidos, pero sin título, escriben simplemente sus nombres en sus tarjetas, así: Rafael Pérez de Guzmán. Esta, ciertamente, es la manera usual y la más apropiada. Si el apellido es bueno, como Carlos Stuart, no requiere más adorno, pero si es Pérez o García, no habrá adorno ni doble sobredorado que convierta la ganga en oro. Si el hidalgo está casado se añade a veces “y su señora”. Las damas, sin embargo, usan en general sus propias tarjetas de visita, en las que constan sus apellidos de solteras, como el *geborne* (nacida) de las alemanas; por ejemplo, María Luisa de Pimentel de Girón; Inés Arias de Saavedra de Aragón. Sus hijas y hermanas con frecuencia se ponen todas juntas, “las de Olaeta”. Los militares nunca omiten sus grados; las viudas prefijan su viudez y añaden a sus hijas, “la viuda de Carreno y sus hijas”. El viajero debe cuidar de no poner su nombre a la inglesa: Mr. Smythe, porque ello le da muy poca identidad: la manera correcta sería Plantagenet Smythe. Los apellidos se saben y usan poco en la charla social: todos, como en los tiempos antiguos, son conocidos por sus nombres de pila: don Juan, don Francisco. Todo esto puede parecer trivial, pero el olvido de las cosas pequeñas puede dar lugar a grandes ofensas; una chispa hace explotar la mina:

Vilibus in Cartis... qualis.

Consistit sumptus neglectis dedecus ingens.

Estas minucias, livianas como el aire, no cuestan trabajo, mientras que su omisión es, para un pueblo campesino y receloso, prueba de mala educación, palpable como la Sagrada Escritura. Son necesarias al principio, con el fin de asegurarse que causará una buena impresión, cosa que, desde luego, no es la peor manera de empezar. Si vale la pena hacer una cosa, conviene hacerla lo mejor posible: nadie que no haya vivido largo tiempo entre los españoles, suspicaces y puntillosos, puede hacerse una idea de lo fácil que es para su carácter emotivo sentirse ofendidos. Su amor propio personal perdonará cualquier daño que no sea un insulto, y cualquier cosa que no sea desdén o menosprecio; se les puede hacer cosquillas y hasta guiarles con una pluma, pero no con una barra de hierro; su buena voluntad está ganada con muy poco esfuerzo, y así se evitan infinitos malentendidos y descréditos, y si por una vez, se satisface su pundonor, no hay país en el mundo que mejor sepa corresponder al cumplido. Evidentemente, a medida que la intimidad aumenta y el forastero ha dejado bien sentado su buen carácter, se le permite más llaneza, pero incluso entonces cuanta menos mejor, sobre todo en la observación externa de las

reglas establecidas del trato social. Una vez arreglada la cuestión de la tarjeta, el viajero tiene que pensar en su vestido y su vehículo; nadie lleva su pasaporte o su nombre y su contrato de alquiler en la frente; los forasteros solo pueden formarse una idea de la gente que van conociendo por la manera de conducirse y por el aspecto. Polonius, aunque tonto y gentilhombre de cámara, fue muy bien escogido por Shakespeare como portavoz de algunos preceptos que cuentan entre los mejores que jamás se hayan dado a los viajeros. Él sabía que una vida pasada en la Corte enseñará, por lo menos, las maneras y las actitudes de la vida aristocrática. No nos hace falta decir aquí que los caballeros suelen evitar ese absurdo disfraz de semi-bandidos que a veces adoptan nuestros compatriotas en el continente. El único disfraz que es permisible en España es el de majo, el cual, precisamente por ser un verdadero traje nacional, deja de ser disfraz a ojos de los españoles. Sin embargo, no debe ser usado nunca más que cuando se viaja, o en esas circunstancias especiales en que queda entendido que se prescinde de la etiqueta. Nunca ha de usarse para visitas de cierta ceremonia, para las que lo más correcto es el negro, y de esto hablaremos más largo y tendido enseguida; ni tampoco debieran damas o caballeros ir a pie en estos casos, y mucho menos corresponder a una primera visita en su ropa normal de paseo, o a pie, ya que los españoles hacen estas visitas de tiros largos, muy compuestos, y en coche. Minerva (es decir, el tacto, el buen sentido, el conocimiento del mundo) dio el mismo consejo a Nausícaa hace unos miles de años: “Búscate un *coche de colleras*”, Ημιονους και αμαξων (Od., z, 37). Esto pasaba por ser mejor que ir a pie, Καλλιον, más propio de la dama, la hija del Καλος και αγαθος, es decir, del hidalgo. Lo primero que Sancho Panza, al ocupar su cargo, le escribe a su mujer es la recomendación de que use coche, “que es lo que hace al caso, porque todo otro andar es andar de gatas”. Una visita en coche, cuando la bella lleva sus mejores galas, da tema de conversación y maravilla al barrio entero durante una semana; un coche es un lujo en las ciudades moras, donde solo unas pocas calles son lo bastante anchas para permitir su paso. Pocos coches privados se ven ahora en España, excepto en la Corte. La pobreza ha acabado con los coches, y los que aún pueden permitirse ese lujo tienen miedo de aparentar riqueza, porque ello, en Oriente, les expondría a contribuciones. Un coche en una de las ciudades del interior causa sensación, poco menos que un babuino en una ciudad del oeste de Inglaterra; por lo tanto, “venido en coche” es indicio de respeto. Las corporaciones, los ayuntamientos, realizan todas sus grandes procesiones en una especie de entarimado de coches Simón en movimiento. Cuesta, antes de la batalla de Talavera, fue hacia el Duque, a quien había hecho esperar durante algunas de las horas más críticas, en coche de seis caballos. El archiduque Carlos, en la Guerra de Sucesión, dudó de si debía entrar en Madrid, por no tener coche apropiado. “Señor –le dijo Stanhope– nuestro Guillermo III entró en Londres en coche Simón, con maleta detrás, y le hicieron rey”.

Richard Ford

Manual para viajeros por España y lectores en casa

que describe el país y sus ciudades, los nativos y sus costumbres;
las antigüedades, religión, leyendas, bellas artes, literatura,
deportes y gastronomía

Madrid y Castilla

Traducción de Jesús Pardo

Título original: *A Handbook for Travellers in Spain and Readers at Home /
The Castiles, Old and New*

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total o parcial de la obra, ni su tratamiento o transmisión por cualquier medio o método sin la autorización escrita de la editorial.

Copyright © 2008, Turner Publicaciones S.L.
Rafael Calvo, 42
28010 Madrid
www.turnerlibros.com

ISBN (Obra completa): 978-84-7506-856-5

ISBN (Tomo III): 978-84-7506-858-9

Diseño de colección: The Studio of Fernando Gutiérrez
Compaginación y corrección: EB8

Depósito legal:
Printed in Spain

ÍNDICE

Libro I. Madrid

Las dos Castillas	11
El hombre castellano	15
Madrid. Generalidades	21
Vistas de Madrid	37
El Museo del Prado	57
Otras vistas de Madrid	93

Libro II. Castilla

Comunicaciones desde Madrid	135
Excursiones por los alrededores de Madrid	139
Ruta XCVII. De Madrid a Ávila	141
Ruta XCVIII. De Ávila a El Escorial y Segovia	151
Ruta XCIX. De Madrid a El Escorial y Segovia	153
Ruta C. De Segovia a Aranda	187
Ruta CI. De Madrid a Toledo	189
Ruta CII. De Toledo a Aranjuez	223
De Madrid a Valencia	229
Ruta CIII. De Madrid a Valencia	231
Ruta CIV. De Madrid a Valencia por Cuenca	241
Ruta CV. De Cuenca a Valencia por Minglanilla	251
Ruta CVI. De Cuenca a San Clemente	253
Excursiones cerca de Cuenca	255
Ruta CVII. De Cuenca a Madrid por Sacedón	257
Ruta CVIII. De Cuenca a Madrid	263
Ruta CIX. De Cuenca a Teruel	265
Ruta CX. De Teruel a Calatayud	269
Ruta CXI. De Teruel a Valencia	277

Ruta CXII. De Madrid a Zaragoza	279
Ruta CXIII. De Madrid a Burgos	297
Excursiones cerca de Burgos	317
Ruta CXIV. De Burgos a Santander	325
Ruta CXV. De Burgos a Logroño	329
Ruta CXVI. De Burgos a Vitoria	335
Ruta CXVII. De Vitoria a Santander	343

MADRID. GENERALIDADES

Las mejores posadas se mencionan más adelante, y los que tengan prisa por comenzar a hacer compras y ver las curiosidades, pueden consultar ya sin esperar más.

La historia de Madrid se cuenta enseguida. Al contrario que las muchas y antiguas capitales de España, esta es una favorita reciente y sin mérito, creación del capricho de Carlos V. Los eruditos compiladores de la *Guía Oficial*, de 1845, sin embargo, afirman que este es el año 2598 de la fundación de Roma y el 4014 de la de Madrid, y que esta más antigua y más noble ciudad fue llamada por los romanos *Mantua Carpetanorum*, para distinguirla así de la *Mantua* italiana (aunque la situación real de esta *Mantua* española esté en Ocaña). Si Madrid existía realmente en la época romana, lo cual es muy dudoso, lo más probable es que fuese la insignificante aldea de *Majoritum*; en cualquier caso, *Majerit* no pasaba de ser una avanzada mora de Toledo cuando fue tomada en 1083 por Alonso VI. Enrique IV, hacia 1461, amplió algo la ciudad vieja, que estaba situada en la eminencia occidental, junto al río, y las calles angostas todavía contrastan con las partes más modernas que han ido surgiendo en los sectores nordeste y sur. En otros tiempos, Madrid estaba rodeada de bosques, que según describe Argote en 1528, eran “buen monte de puerco y oso”, razón por la cual fue convertido en residencia real. Estos bosques fueron talados ya hace largo tiempo por los imprevisores habitantes y, como las bestias salvajes que los habitaban, solo existen ahora en el escudo de la ciudad, que tiene un árbol verde con frutas de color gules, al que se sube un oso, en orla azul con siete estrellas de plata. Este oso, dicen los entendidos, simboliza la *Ursa Major*, constelación a la que también llaman *El Carro*, por representar a *Carpentum Mantuanorum*. La pura verdad, sin embargo, es que Madrid no comenzó a ser lugar de importancia hasta los tiempos de Carlos V, que gotoso y flemático, se sentía reanimado por su aire vivo y puro; y, sin tener en cuenta otra cosa que su conveniencia personal, abandonó Valladolid, Sevilla, Granada y Toledo para fijar su residencia en un lugar que tanto los iberos como los romanos, los godos y los moros habían rechazado por igual.

Declarada Corte por Felipe II en 1560 (quien fue aficionándose a ella a medida que El Escorial se elevaba ante sus ojos), la ciudad creció rápidamente

a expensas de otras capitales más antiguas y mejor situadas. Es la creación de un siglo, ya que no ha aumentado mucho desde la época de Felipe IV; entonces, ciertamente, en comparación con Londres y otras capitales europeas, estaba destinada a ocupar lugar importante, pero ahora, como ha ocurrido con todo lo demás en la malhadada y mal gobernada España, cuyo sol lleva largo tiempo puesto, ha sido superada incluso por nuestras ciudades provinciales.

El craso error de una posición geográfica que no tiene otra ventaja que el supuesto mérito de estar en el centro de España, se hizo evidente al poco tiempo, y a la muerte de Felipe II, su hijo, en 1601, trató de transferir la Corte de nuevo a Valladolid, lo cual, sin embargo, resultó ser entonces inviable debido a los considerables intereses creados por las inversiones realizadas en el reinado anterior. Felipe II no supo aprovechar la oportunidad que se le presentó de instalar su capital en Lisboa, que está admirablemente situada, junto a un gran río y a la orilla del mar; de haber hecho esto, Portugal nunca habría podido o querido sublevarse, o sea, que la Península no se habría escindido nunca; y este fue precisamente el primer golpe asestado a la grandeza de España: y por todo ello, Madrid, y su úlcera levítica, El Escorial, es el germen donde hay que buscar el origen de la actual decadencia. Carlos III, príncipe prudente, pensó transferir la capital a Sevilla, y también lo hizo el intruso José, pero ahora la enfermedad es crónica e incurable.

Madrid está construida sobre varias pequeñas eminencias que caen sobre el Manzanares, el cual, por estar frecuentemente seco en el verano, apenas si merece el nombre de río. La elevación es de unos dos mil cuatrocientos pies por encima del nivel del mar, aunque sea en una aparente llanura, la cual, sin embargo, está muy cortada por barrancos que han sido excavados por los torrentes del Guadarrama y en los que languidecen, invisibles, unas doscientas aldeas escondidas en las hondonadas. Esta elevación en una llanura abierta es la razón de la derivación que se suele dar a *Majerit*, palabra que, según se dice, significa en árabe, corriente de aire fresco, es decir, algo así como “buenos aires”. Sousa, sin embargo, hace derivar este nombre del árabe *Maajarit*, o sea, “aguas corrientes”, de las que, por otra parte, apenas hay; y es que perversa, ciertamente, ha sido la maña de sus habitantes, que destruyeron tanto la salubridad del aire como la fertilidad del suelo; y de esta forma, la destrucción de la madera ha resultado la maldición tanto de Madrid como de Roma, las ciudades del oso y del lobo, y reductos gemelos ambos del enemigo de las libertades civil y religiosa.

La cuenca de que Madrid es la capital está limitada por la Sierra del Guadarrama y por los Montes de Toledo y Guadalupe. Consiste más que nada en formaciones terciarias, greda, yeso y piedra caliza. Esta última, hallada en Colmenar de Oreja, cerca de Aranjuez, es depósito de agua dulce, y, por ser de buen color y consistencia, se usa mucho para los edificios de Madrid; el granito, que es

excelente y abundante, procede de Colmenar Viejo, a cinco leguas, cerca de El Escorial. Hay muchos pueblos de este nombre cerca de Madrid, que tanto en español como en árabe significa “lugar de abejas”. En Vallecas, a legua y media de la capital, hay una curiosa magnesita, con huesos de mamíferos extintos.

Madrid es residencia desagradable y malsana, en la que se alternan los extremos de calor y frío, o, según el adagio, hay *nueve meses de invierno y tres de infierno*. Aunque, como dice un exacto escritor, Madrid está a diez grados al sur de Londres, el promedio de temperatura invernal es de $43^{\circ} 7'$, o sea, de solo cuatro grados más que en nuestra capital; a pesar de esto, todos los inviernos se experimenta aquí un frío cuya intensidad es muy rara en Londres; en 1830 el termómetro bajó a $9^{\circ} 5'$ Fahrenheit y cayó gran cantidad de nieve; todos los años, durante varias noches, el termómetro baja a más de 32° y los ríos se cubren de hielo, que suele desaparecer en el transcurso del día. La temperatura media de los tres meses del verano es de $76^{\circ} 2'$, o sea, 15° más alta que en Londres; pero durante el Solano, el viento del sudeste, sube con frecuencia a 90° o incluso a 100° a la sombra, mientras al sol, el calor y el resol son africanos; a esto, como si fuese una burla del clima, hay que añadir los vientos siberianos, porque, estando Madrid situada sobre una meseta abierta y desnuda, se halla expuesto a las ráfagas cortantes que caen, impregnadas de muerte, de la cueva de Éolo del nevoso Guadarrama, foco de tuberculosis y pulmonía. La capital, aun cuando no hubiera médicos en ella, cesaría pronto de ser ciudad de gente viva si no estuviera siendo constantemente repoblada por los miles de personas que llegan de provincias, porque es la araña destructora que atrae a su tela a todos los que esperan hacer fortuna. Y, sin embargo, los indígenas no hacen sino cantar sus glorias, como los débiles mentales se muestran orgullosos de los errores mismos de que más avergonzados debieran sentirse. El verano es el periodo más peligroso, cuando se abren los poros, porque, con frecuencia, sopla un viento del nordeste que produce una diferencia de temperatura entre un lado de la calle y el otro de hasta veinte grados, y el incauto forastero, que sale de una calle abrasada por el sol, se ve cogido en una esquina por el mismo Éolo y llevado sin más de allí al cementerio. Fue el *cólico de Madrid*, una extraña inflamación de los intestinos, lo que hizo enfermar a Murat en 1808 y la superstición popular, según Foy, lo achacó a la venganza divina; pero ninguna Némesis le asestó entonces el golpe, porque esta enfermedad es proverbial, y

El aire de Madrid es tan sutil
que mata a un hombre, y no apaga a un candil.

Seco, inquisitivo y cortante, este aliento asesino de la muerte penetra en carne y hueso, hasta llegar a la misma médula; de aquí el cuidado que ponen los naturales en cubrirse bien la boca, las mujeres con pañuelos y los hombres

embozándose en las capas: gracias a estos respiradores no mecánicos, los pulmones están protegidos, ya que *el horno se escalfa por la boca*. El promedio de muertes en Madrid es de uno por cada veintiocho, mientras que en Londres no pasa de uno por cada cuarenta y dos: no es de extrañar, por tanto, que según Salas, incluso los sanos vivan de medicamentos:

Aun las personas más sanas,
si son en Madrid nacidas,
tienen que hacer sus comidas,
de píldoras y tisanas.

Es fatal sobre todo para los niños pequeños, que durante la dentición mueren *como chinches*. El Siroco veraniego agosta la vegetación y, excitando a una población aficionada al cuchillo, llena los hospitales de heridos y las cárceles de asesinos. Ya queda bien parada, por tanto, esta “buena madre”, de cuya ternura, Moya, siguiendo el principio del delincuente honrado, hace derivar el nombre de Madrid, en más bien, *madrasta*. La moral de casi todas las clases no es mejor que el clima, ya que Mesonero calcula que una quinta parte de todos los nacimientos son depositados en la Cuna, donde quedan expuestos a una muerte casi cierta. Las familias más acomodadas se las arreglan para criar a algunos de sus encogidos hijos, poniéndolos en manos de amas saludables de Asturias, y los fastuosos vestidos de estas aristocráticas pasiegas cuentan entre los ornamentos más curiosos del Prado.

Los habitantes de la ciudad piensan que Madrid es la “envidia y admiración” de la humanidad: hablan de ella como de la capital de España, es decir, del mundo, porque, *quien dice España dice todo*. No hay sino un Madrid: único, como el Fénix, Madrid es la *única* Corte que hay en la tierra, *solo* Madrid es Corte. Dondequiera que se oiga su nombre, el mundo enmudece de espanto, *donde está Madrid calle el mundo*. No hay más que un paso de Madrid a la *Gloria*, o sea, al cielo, en el que hay una ventana desde donde los ángeles contemplan a este paraíso en la tierra. La razón de que no haya casas de campo en las cercanías es explicada en serio por la gente diciendo que ninguna persona sensata podría pensar siquiera en abandonar este lugar de placeres sobrenaturales, aunque solo fuese por un día; y ciertamente, en este desierto horrible, sin hierba ni árboles ni colorido, tampoco se puede decir que haya muchas tentaciones naturales; y además, la inseguridad de los caminos convertiría una excursión por las afueras de la ciudad en un peligro, sin que en compensación, el hidalgo que así se aventurase pudiera sentirse mucho más seguro al volver a Madrid, porque sin duda su casa habría sido atracada y sus cucharas de plata robadas. Y si recurriera a rodear su casa con un alto muro y vigilarlo con centinelas armados podría, quizá, pasearse tranquilo por el jardín y echarse a dormir tan campante como el padre de Hamlet en su huerta, gozando sin problemas de la felicidad propia de

la época medieval, cuando los grandes hombres vivían en calabozos protegidos por una guarnición; pero todo esto apenas si puede decirse que sea propio de las ideas de 1845 sobre el aire, la libertad y la sencilla naturaleza de una casa de campo, o incluso de Clapham. El más grande de los castigos para los Grandes de España consiste en verse exiliados de la Corte a sus distantes fincas; un exilio a la Alhambra es como ser enviado a Botany Bay:* los verdaderos cortesanos solo pueden vivir en Madrid, y en todos los demás sitios se limitan a vegetar, de lo que se deduce que solamente necesitan ázoe en vez de oxígeno para sobrevivir. Esta expresión, “la Corte”, produce en los oídos españoles una idea imposible de traducir al inglés. Es algo así como *La Cour* de Luis XIV o la residencia del sultán, el dispensador de rango y fortuna: es el centro de los empeños, los cargos, las intrigas, los títulos, las condecoraciones y el pillaje; es la carroña en torno a la que se congrega la tribu de buitres de los buscadores de destinos y los *pretendientes*, cuyo nombre es legión; y sin embargo, como Corte fue siempre una pobre representación de lo que se entiende por verdadera grandeza, y ahora, en comparación con otras cortes europeas, no es mucho más que una parodia. A pesar de todo, es la maldición de España, y todos los españoles bien informados convienen en que los mejores de sus compatriotas se arruinan en todos los sentidos yendo a ella, tal es su atmósfera, semejante a la que emana el antiar; y sin embargo, tal es la fuerza de la costumbre que a nadie se le ocurre escapar de allí en busca de una atmósfera más amplia y más libre. El desierto llega hasta las innobles murallas de tierra, y el campesino, que rasca la tierra de los campos al otro lado de ellas, es un bárbaro, a pesar de lo cual los habitantes de Madrid comparan estos alrededores con los de Palmira y Roma: pero ¿dónde están los antiguos almenares, palacios y templos?, ¿dónde la poesía de esas ciudades solitarias de antigua grandeza, cuyo actual abandono y melancolía constituye tan apropiado marco? Todo lo que rodea a Madrid es una abominación creada por ella misma, sin recuerdos o asociaciones. Aquí tanto la naturaleza como el hombre parecen hechos la una para el otro, porque los desnudos alrededores solo tienen mala tierra y peores cultivos.

Madrid, esta digna capital de un país de anomalías, no es siquiera una ciudad; no es más que la principal de las *villas*. No tiene catedral ni obispo; se levanta con un racimo de espiras cónicas, azules, de aspecto flamenco, que, parecidas a extintores de incendios, no dejan de ser apropiadas para una ciudad en la que el clima y la policía, por igual, conspiran para acabar con la vida y la mente. Y, a pesar de todo, esta verdadera capital de España, como otros culpables recompensados, ha sido dotada de inmerecidos epítetos honrosos. Es “*imperial, coronada, muy noble, leal y heroica*”. Toda esta *título-manía* suena bien, en blanco y

*Lugar en Nueva Gales del Sur, Australia, donde los ingleses tenían una colonia penal a la que llevaban delincuentes de Inglaterra. [N. del T.]

negro, y le cae bien a una ciudad que parece haber sido erigida por un decreto en *La Gazeta*, firmado “Yo el Rey”, el *ipse dixi* y *volui* del déspota. Esta pompa de epítetos hueros es al tiempo clásica y oriental, es la Augusta *invicta* del romano, la *Kaderah*, “la Victoriosa”, El Cairo del árabe. Pero Madrid apenas si existía en el primer periodo de la historia de Castilla y fue construida cuando ya había pasado la época de las catedrales, la edad en que los edificios se levantaban en armonía con los hondos y nobles sentimientos que palpitaban en el interior de sus constructores; de aquí que tenga poco de interés para el aficionado a las antigüedades; está hinchada como un quiste, lo que indica la corrupción del sistema, y tomó la forma y la presión de la decadencia misma de la religión y el país cuyo exponente era. Se ha calculado que durante los siglos XVII y XVIII se gastaron en España no menos de sesenta y ocho millones de libras esterlinas en la construcción y decoración de conventos, en lugar de construir carreteras y abrir canales: ahora bien, casi todas las iglesias de Madrid fueron edificadas durante este fatal periodo. Comenzado principalmente por los Felipes III y IV, continuado bajo el desdichado Carlos II, adecuado monarca de un país en decadencia, y perfeccionado bajo el extranjero, en ninguna parte han sido llevados los lamentables churrigueresco y rococó de Luis XIV a mayores excesos. Las iglesias, sepulcros blanqueados, son tristes muestras de una insaciable avidez de oropel y dignas de un periodo en el que tanto la religión como el país mismo estaban vacíos de realidades, mientras que la parte exterior de la bandeja relucía de verdadera plata a fin de tratar de ocultar la corrupción del interior; los Borbones pusieron su granito de arena, introduciendo esa curiosa manía de edificar y dorar que es característica de *Le Grand Monarque*, mientras que Carlos III, que quiso ser el Augusto de Madrid, edificó, desgraciadamente, con ladrillo, no con mármol, y su época fue, en consecuencia, la época pobre del lugar y de lo *real-académico*. De aquí las moles sin espíritu ni sentido, las largas calles nuevas, que muestran una fachada ostentosa, levantadas para halagar el ojo real y el amor nacional por la pompa externa, mientras que detrás de ellas hay callejas angostas, mal pavimentadas, mal iluminadas y mal alcantarilladas. Estas callejas son refugio de manadas de perros escuálidos y hambrientos, que en España, como en Oriente, son los más ocupados y con frecuencia los únicos basureros. Las mejores casas de Madrid son muy altas y grandes y viven varias familias en sus diversos pisos o apartamentos, teniendo la escalera en común; cada apartamento está protegido por una puerta sólida, un “roble”, en la que, generalmente, hay un portillo o postigo, como en las casas de juego, por el que los dignos pero recelosos inquilinos inspeccionan al visitante antes de dejarle entrar; y es que en esta ciudad corrompida, nadie ni nada está seguro. Los interiores, para nosotros, son incómodos y están sin terminar; las cocinas, los *offices* y otras necesidades son los más sucios y europeos que se han visto. Hay poca variedad en su escaso *puchero* y probablemente si Asmodeo pudiera ir

quitando los tejados de Madrid a la hora de cenar, vería que la mayor parte de sus habitantes están desperdiciando su tiempo y su apetito en torno al mismo puchero o comida de todos los días.

La gastronomía teórica y práctica de los españoles es cosa que ya hemos tratado, ya que el comer constituye en todos los sitios una parte importante del día del ser humano y es un recurso que nunca falla para el viajero: en esto, sin embargo, los aislados indígenas de Castilla se aíslan todavía más; se reúnen en la iglesia y en la alameda, pero no en torno a la mesa.

Se debe, en parte, a esta relativa falta de sociedad gastronómica el que los embajadores extranjeros tengan menos influencia aquí que en cualquier otra Corte europea; como todo el arte de la diplomacia se centra en la cocina, nunca puede entrar enteramente en juego en una ciudad donde no se come, donde *mecum impransus disquirite* es el axioma de la mayor parte de los hombres que ocupan los cargos en España, y que, en consecuencia, raramente “lubrican los negocios” de esta forma.

La mejor sociedad gastronómica y de otros tipos está en las casas del escaso cuerpo diplomático, porque muchas potencias no han reconocido el actual estado de cosas; estos son imitados por algunos pocos nobles, intrigantes e intermediarios, funcionarios, empresarios y concesionarios, así como por aquellos que han emigrado y descubierto que el arte de la cocina no se condensa, como el genio encarcelado, en una olla. Los grandes comen, ciertamente, con los diplomáticos extranjeros, pero con poca reciprocidad por parte de aquellos; como los príncipes de la Roma moderna, raras veces ofrecen, a manera de reciprocidad, siquiera un vaso de agua: su hospitalidad consiste en comer con cualquier extranjero que les invite. Pocos son los diplomáticos que, después de una larga estancia en Madrid, continúan invitando mucho a los indígenas, ya que esta ingrata tarea va a contrapelo de las costumbres. Durante la residencia de la Corte en Aranjuez y La Granja tiene lugar algo más de intercomunicación, pero es de un tipo más extemporáneo y ligero, campestre, y no de comidas verdaderas y constantes de buena sociedad; todo ello se hace en pequeña escala, y realmente parece juego de niños si se compara con la forma que tenemos de hacer esto en Londres; pero, en verdad, el español, acostumbrado a su propia manera, sin método y como inconexa, casual y espontánea, apresurada y embrollada, de comer, se siente cohibido por el orden y la ceremonia y la seria importancia de una comida bien organizada, y su fidelidad a las formas se extiende solamente a las personas, no a las cosas; de manera que incluso el grande no tiene más que una leve capa de brillo europeo en su mesa godobeduina, y vive y come rodeado por un humilde grupo de cortesanos, en su enorme y mal provista casa-cuartel, sin ninguna elegancia, lujo o siquiera comodidad, según sus sólidas ideas transpirenaicas: pocas son, ciertamente, las cocinas que aquí poseen un *cordon bleu*, y menos aún los amos de casa a quienes

gusta de verdad una *entrée* ortodoxa, no contaminada por las herejías del ajo y el pimentón: y siempre que su cocina trata de extranjerizarse, como en otras imitaciones, acaba convirtiéndose en una copia sin aroma; pero pocas son las cosas que se hacen en España con verdadero estilo, es decir, con preparación y gusto. Aquí todo es provisional y hecho a la buena de Dios; el noble señor delega sus asuntos en el administrador injusto y se echa a dormir sobre su lecho de rosas, somnolescente en los negocios y despierto solo en la intriga; su numerosa servidumbre, mal entrenada y mal surtida, no tiene la menor idea de la disciplina y la subordinación; nunca se puede contar que pongan siquiera un mantel, ya que prefieren perder el tiempo en la iglesia o en la plaza a cumplir con su deber, y preferirían morir de hambre para cantar, bailar y dormir, mejor que comer bien y ganar su salario con un trabajo razonable; y tampoco el amo de la casa puede defenderse realmente, porque si los despide solo conseguirá contratar otros iguales, o quizá incluso peores.

Pocos extranjeros tienen mucha salud, física o mental, en esta ciudad asocial y malsana; y los plenipotenciarios de otros países tampoco abrigan demasiada esperanza de poder negociar satisfactoriamente con un gobierno protocolario, rígido y poco dado a la eficiencia, que atribuye a su innata majestad y a su verdadero poder una posición que, como la de Turquía o Portugal, está prácticamente sostenida por la tolerancia, la protección o los recelos mutuos de países más potentes. Los funcionarios de Madrid siempre se han comportado de manera altiva con los agentes extranjeros: el Duque, incluso cuando les salvaba, no era “tratado por ellos como amigo o siquiera como un caballero”, y se veía “completamente sin influencia en sus consejos”, porque tienen “un total desprecio” de sus aliados extranjeros, y “su conducta para con ellos es completamente falta de consideración”: véanse los Partes del 31 de agosto de 1809, el 2 de julio de 1812, el 25 de agosto y el 5 de septiembre de 1813 y muchos otros. Pequeña, ciertamente, es la satisfacción que se obtiene por serias infracciones de tratados y malos tratos a nuestros comerciantes. El funcionario, como el calamar, se rodea para protegerse de una nube de papelorios: el protocolo sigue al protocolo, el expediente al documento, hasta que tanto el diplomático como el asunto que le lleva acaban por morir de muerte natural por insoportable fatiga; y siempre ha sido así. Howell, en los tiempos de Carlos I, dice que el montón de sus quejas sin respuesta era “más alto que él mismo”. Y tampoco se crea que la eficiencia y la rapidez españolas son más satisfactorias que sus demoras. Cuando el enviado francés se quejó a Felipe II de que algunos de sus compatriotas llevaban largo tiempo sin ser procesados en las cárceles de la Inquisición, el rey contestó que se ocuparía de que “fueran objeto de buena y rápida justicia”, y a la semana siguiente todos ellos fueron quemados.

Así es Madrid, desde el punto de vista moral y físico; una ciudad en la que una larga residencia acaba agostando la mente y el cuerpo. Bien podría exclamar

Góngora: “¡Este es Madrid, mejor dijera infierno!” y aunque el madrileño pueda pensar que es un paraíso, la capital realmente es poco querida por el resto de la nación. Despierta en ellos, ciertamente, orgullo y apela a su interés, pero también es cierto que todos los individuos que contribuyen a engrosar la muchedumbre de cazadores de fortuna prefiere, en lo hondo de su corazón, la capital de su propia provincia. Muy equivocado, por tanto, estaba Bonaparte cuando se imaginó que la toma de Madrid serviría para conseguir el dominio sobre el país entero, como ocurrió en el caso de París, Viena y otras capitales.

El conjunto de la población de Madrid, que está formada por emigrantes de todas las otras provincias, se caracteriza por un tono metropolitano y cortesano de superioridad; hay una afectación de menosprecio de la ciudad provinciana y sus maneras y una tendencia a evitar todo lo que huele a traje nacional: una frivolidad insincera, resultado de las falsas intrigas que tienen lugar constantemente por todas partes, le ha sido reprochada también al madrileño. Las mujeres no son, ni con mucho, tan atractivas como las de Valencia y Andalucía: tienen mucha menos salud y sus rostros son menos expresivos; les falta mucha de esa franqueza natural y cordial y esa falta de artificio que constituye el principal encanto de la mujer española. Como los hombres, son más *gazmoñas*, es decir, hipócritas; el populacho, de ambos sexos, es brutal y corrompido; el *Manolo* o la *Manola* (palabras que son abreviatura de Manuel y Manuela) son lo más digno de la atención del forastero, aunque no desde el punto de vista moral; estos son los *majos* y *majas* de Madrid, pero sin la gracia y elegancia de los andaluces o la sencilla honradez de los *charros* y *charras* de León.

Madrid, desde la muerte de Fernando VII, ha mejorado tanto como ciudad que los españoles que han vuelto a ella recientemente apenas la reconocen. Su primero y gran benefactor fue el marqués de Pontejos, que fue jefe político. Hay también más vida y más movimiento en las calles, algunas de las cuales están más limpias y mejor pavimentadas e iluminadas; muchos de los antiguos nombres han sido cambiados por otros democráticos y patrióticos: estos, sin embargo, a medida que los partidos se van sucediendo unos a otros en el poder, se vuelven a cambiar; y por estar constantemente expuestos a cambios con cada alteración de la escena política, nosotros adoptaremos la nomenclatura original, con la cual además la gente está más familiarizada. La destrucción de los conventos ha abierto espacios y se están construyendo edificios nuevos por todas partes. Y también ha resultado de las recientes guerras civiles y de los constantes cambios de gobierno y de principios un accidente no previsto y un beneficio no intencionado, y es que, como cada partido, al verse en el poder, se ha puesto enseguida a perseguir a sus oponentes a muerte, los dirigentes de todos los matices políticos se han visto, a su vez, obligados a huir en busca de seguridad a Francia o a Inglaterra; de esta manera, aunque la estructura

política exterior se desgarraba, alguna luz penetraba por las rendijas en este país durante tan largo tiempo tan herméticamente cerrado, porque los exiliados encontraban que el que ellos imaginaban primer país del mundo no era en realidad más que uno de los más atrasados, y todos ellos, a su vuelta, traían su granito de información. Otra fuente de mejoras para Madrid ha sido la reforma de la corporación municipal. Antes, los cuantiosos ingresos se iban entre los dedos de sus miembros o bien se desperdiciaban en costosos regalos al rey, la familia real o el favorito del momento, pero ahora los fondos se destinan a mejoras locales. Y no es que ahora todo esto se haga como es debido, o que todos los abusos hayan sido completamente abolidos, porque eso sería pedir lo imposible; los establos de Augías de la corrupción oficial, siempre que entra en juego el dinero, son demasiado incluso para un Hércules acompañado de un Alfeo, ese tipo de reformador apoyado por la opinión pública.

El mejor lugar para obtener una vista panorámica es desde la cúspide de la torre de la iglesia de Santa Cruz o bien desde el montículo que hay a la cabeza de los Jardines del Buen Retiro. Por su forma, la ciudad es casi un cuadrado con las esquinas redondeadas. Fuera de los muros de tierra, y en sus entradas principales por la parte del río, hay avenidas plantadas de árboles. Madrid les gustará más a quienes han venido directamente a España desde Francia, ya que es una ciudad verdaderamente española y, por tanto, los vestidos, el Prado y las corridas de toros les sorprenderán por el encanto de su novedad y lo extraño de su contraste que, por el contrario, no llamarán la atención a los que lleguen a Madrid desde la bella Valencia, la mora Granada o la grandiosa Sevilla. Una semana bastará para ver las maravillas de la única “Corte del mundo”, cuyos museos están, ciertamente, entre los mejores de Europa; feliz aquel que de Madrid escape a Ávila, El Escorial y Segovia, o que se dirija hacia la romántica Cuenca por la imperial Toledo y los jardines de Aranjuez; los que se sacudan cuanto antes el polvo de sus sandalias y permanezcan el menor tiempo posible en Madrid serán, probablemente, los que con mayor satisfacción lo recuerden, porque aquí el amor, pequeño al principio, irá disminuyendo maravillosamente a medida que vaya aumentando su conocimiento. Cuanto más se conozca Madrid, tanto menos gustará:

Quien no te quiere, no te sabe;
quien te sabe, no te quiere.

Los hoteles, hasta hace muy poco, eran los peores de Europa, sin exageración, pero el número de compañías nuevas de coches, al traer más viajeros a la capital, ha creado una demanda de alojamiento; algunas de estas compañías han abierto posadas o paradores propios, y también se han instalado muchos cafés y restaurantes tolerables, principalmente por extranjeros, igual que ocurre en

Oriente. Pero los que viajen con señoras harán bien en escribir anticipadamente a algún amigo para que les reserve apartamentos o habitaciones particulares. Entre los mejores hoteles están la Amistad, que es de un francés; La Fonda de Genies; la de Europa, calle de Peregrinos; la del Comercio, calle de Alcalá; la de París, calle del Carmen, que, aunque pequeña, es buena. Todas estas están bien situadas y en lugares frecuentados. La famosa Fontana de Oro, que durante largo tiempo fue el hotel de Madrid y al tiempo uno de los peores de Europa, se ha convertido en establecimiento de baños, habitaciones y salones de lectura.

Los que piensen quedarse tiempo en Madrid debieran buscarse habitaciones en casas privadas que –aun cuando no suelen estar bien amuebladas– por lo menos, según nuestras ideas, son bastante tolerables para España; algunas, pocas de ellas, tienen chimenea. *Nota bene:* escojan siempre las que tienen chimenea, porque un buen fuego constituye un inenarrable atractivo en los países con buen clima y detestable invierno, ya que las casas allí suelen ser verdaderos pozos, sin, por ello, resultar profundos como la verdad: el hogar, con su crepitar animoso, recordará al viajero su tierra inglesa, de la misma forma que un rayito de sol le recuerda España al español exiliado en Siberia. La cama suele estar puesta en una alcoba, cuya puerta está vidriada; los suelos, de ladrillos o azulejos, están cubiertos de esteras; para alojarse, la mejor zona es la que rodea a la Puerta del Sol. El viajero podrá guiarse, sin embargo, por los avisos que hay en las ventanas y balcones de las casas donde se encuentran apartamentos a su disposición. David Purkis, Casa de los Baños, calle Caballero de Gracia, tiene buenas habitaciones y lo recomendamos. Hay varios restaurantes cerca de la Puerta del Sol: uno en la Carrera de San Jerónimo, que es de un francés, y otro en la calle del Príncipe, de un piemontés. Se puede comer también en las tres fondas de Genies, que son París y El Comercio, por precios que van desde un dólar por barba en adelante. La cocina es de segunda categoría y, sin embargo, comparada con la oscuridad gastronómica que es general en España, aquí pasa por ser de primera. Los cocineros franceses de los diplomáticos extranjeros han tenido bastante buena influencia en este asunto, pero la espina dorsal de la vida castellana sigue siendo el puchero, con su insípida y correosa vaca cocida. Este plato, peor incluso que el *Buoilli* francés, se burla del paladar con una apariencia de alimento: puede ser comido, sin embargo, cuando no haya ninguna otra cosa. Madrid es famosa por sus espárragos, que se cultivan en Aranjuez, y su hojaldre, una pasta ligera; las confiterías están, en su mayoría, en manos de extranjeros, ya que la auténtica pastelería española, como los bollos y las tarteletas de Inglaterra, recuerda a las edades oscuras, mientras que la *Pâtisserie* francesa es elegante en la forma, exquisita en su materia prima y llena de imaginación, genio y jalea de albaricoque. La Pastelería Suiza, calle Jacometrezo; Pastelería Extranjera, plaza Santa Ana; la de la calle del Príncipe y la *Pâtisserie*, francesa, en la Carrera de San Jerónimo, son buenas. La cerveza en

botella, mezclada con zumo de limón, es otra bebida favorita en Madrid, pero, como cabría esperar de sus ingredientes, no puede ser recomendada al paladar o al estómago de los ingleses.

El vino corriente, y el mejor con mucha diferencia, es el tinto espeso de Valdepeñas; sin embargo, el producto inferior de Arganda se vende constantemente en su lugar, y ambos están adulterados con cocimientos de palo de Campeche y otras abominaciones. Los vinos franceses y extranjeros son caros y malos: el madrileño, que no siente curiosidad por nada, se muestra muy indiferente por lo que se refiere a la calidad; su objetivo, por el contrario, es la cantidad y se limita a beber el vino que le resulte más barato y se produzca más cerca. Los Andaluces, calle de Fuencarral, y Las Delicias de Bética, calle de Carretas, venden jereces y málagas que son considerados como *vins de liqueur*. Recientemente se han abierto muchos cafés nuevos y buenos. Entre los mejores están el de los Dos Amigos, el Nuevo, el de Cervantes, de la Aduana y de la Estrella, todos los cuales están en la calle de Alcalá; también el de Lorenzini, Puerta del Sol, y El Príncipe y La Venecia, calle del Príncipe.

Las nieves de los montes del Guadarrama, aunque abastecen a Madrid de ráfagas heladas y están preñados de tuberculosis, proporcionan en contra, durante el verano, abundantes bebidas frescas y helados que venden por las calles sobre todo los valencianos. El agua de cebada es muy refrescante; también lo es la horchata de chufas o *Michi michi*, es decir, “mitad y mitad”, llamada así porque se hace con cebada y *chochos* (molidos), los altramuces o lupinos de los antiguos romanos, los *tirmis* del árabe cairota (Lane, XII, 13). Estas bebidas de emulsión son muy clásicas, porque la leche de almendras que los médicos españoles consideran una panacea, es exactamente la que describe la *Αμυγδαλη-αγαθον Φαρμακον* de Ateneo (II, 12). Ninguna bebida, sin embargo, ni medicinal ni meramente refrescante, llega a la altura del *agraz*. Esta refresca el cuerpo y el alma del hombre, y es deliciosa mezclada con vino de Manzanilla.

Hay muchas Casas de Pupilos. Entre las mejores están dos que hay en la calle de Carretas, dos en la calle de Alcalá y otra en la calle del Caballero de Gracia; pero vale la pena en estos asuntos, que cambian de un día para otro, consultar con el banquero de uno o con algún amigo de Madrid. Los precios de las mejores, por cama, comida y alojamiento, raras veces pasan de un dólar diario, lo cual es bastante barato. La compañía suele ser buena y, como en todos los lugares de España, muy característica por lo que se refiere a buenas maneras y buena educación. Se hallarán también anuncios, para estas y otras necesidades del viajero, en los diversos periódicos y en los *Diarios de Avisos*; en ellos se hallarán también anunciadas las diversas curiosidades de la ciudad, las fiestas religiosas, los teatros, las corridas de toros, las oportunidades y los saldos, y los festivales y las escasas diversiones populares. *La Gazeta* es el periódico oficial; y sus páginas, durante estos cincuenta años últimos, son, con la sola excepción

del *Moniteur* francés, la sátira más grande que jamás ha publicado pueblo alguno de sí mismo.

Los periódicos de Madrid eran en 1843 alrededor de cuarenta; en 1833, bajo Fernando VII, no llegaban, sin embargo, a media docena y gozaban de una libertad de prensa parecida a la que permite Su Santidad en Roma. Las sapientes Cortes de Cádiz pasaron de un extremo al contrario, de las mordazas de la Inquisición a la libertad más absoluta. La consecuencia natural de armar de esta manera, sin la preparación debida, a un poder al que Inglaterra apenas puede resistir, fue crear un nuevo tirano Frankenstein, peor aún que todos los males que habían sido derrocados: la prensa se convirtió, como un calibán emancipado, y como el Duque ha dicho con frecuencia, en “venal, insolente y licenciosa”. Era comprada por los partidos, que dominaban la regencia y las Cortes (Parte del 27 de enero de 1813); y así ha ocurrido siempre desde entonces, cuando es libre, es decir, cuando es esclava de algún interés dominante, ya sea de los franceses, con objeto de injuriar a Inglaterra, o de los cubanos, para defender la trata de esclavos, o de los catalanes, para desacreditar cualquier tarifa aduanera o tratado de comercio. Sus falsedades ejercen influencia en la impresionable mentalidad nacional y consiguen llegar a tener autoridad prescriptiva porque nunca son siquiera contradichas por nuestro descuidado gobierno: bien hizo realmente el Duque en sugerir “apoderarse de uno o dos de estos periódicos”, aunque ciertamente no para diseminar falsedades, sino para decir “la verdad, la pura y simple verdad” (Parte del 2 de abril de 1813). Las masas populares, después de haber sido enseñadas durante largo tiempo por el dictador y los curas, que eran otros quienes tenían que pensar por ellos, y a causa de no estar acostumbradas ni a leer ni al debate público, creen lo que les dicen los periódicos solo porque está impreso; van a ellos en busca de datos y opiniones y de aquí que los directores engañen a estas almas cándidas y se levanten, subiéndose a ellas, a posiciones de poder y lucro. El periodismo es la escala por la que se sube a la grandeza y, por consiguiente, absorbe el talento del país, aunque en perjuicio de la literatura en general. La prensa, que por lo tanto es el órgano de la aristocracia del intelecto, no es simplemente un cuarto estado, como ocurre entre nosotros, sino el *estado entero*, como tiene forzosamente que ser el caso en todos los países que no están preparados para este tipo de libertad. En Inglaterra, los periodistas no tienen la posición social de que gozan en España o Francia sencillamente porque la prensa, aunque tiene auténtico poder político, refleja la opinión pública, no la dirige: nuestras instituciones permanentes garantizan el orden, pero allá donde este depende únicamente de individuos, los *papeles* se convierten en órganos del cambio y las revoluciones, y los que mejor tocan sus registros se elevan a la categoría de verdaderos personajes: de esta manera vemos que González Bravo pasó de dirigir *El Guirigay*, un periódico andaluz de jerga, al puesto de primer ministro. Estos caballeros, como monsieur Thiers, cuando están en la

oposición escriben novelas históricas, libelos y farsas, y cuando están en el poder conspiran y planean verdaderas tragedias. La circulación de los periódicos de Madrid está reducida principalmente a la capital; hay unos pocos periódicos en remotas ciudades del interior que vegetan en su habitual ignorancia desidiosa. Hay muchas salas de suscripción y lectura en Madrid; las mejores están en la calle de la Montera, y El Literario, calle del Príncipe. Los que quieran comprar libros extranjeros en Madrid, o estando fuera de España libros españoles, deben dirigirse a Casimiro Morder, que tiene también un salón de lectura aquí, en el número 10 de la Carrera San Jerónimo, y otro en París, número 7, Rue de Provence.

Los baños calientes, el lujo del romano y del oriental, son cosa que últimamente se ha vuelto más corriente en las principales ciudades de España. Los mejores son los de Purkis, los del Oriente, plaza de Isabel II, La Estrella, calle de Santa Clara; San Isidro, calle Mayor y La Fontana de Oro. La calle de Alcalá es donde se dan cita los cocheros, ya que es aquí donde la mayor parte de las diligencias tienen sus taquillas. Es aquí también donde se alquilan el *coche de colleras* y la *calesa*. Los auténticos coches de España siguen siendo cosa curiosa y sus conductores pintorescos bribones. Un coche alquilado para el día entero cuesta de tres a cuatro dólares. En la calle del Lobo se pueden alquilar *cabriolés* a seis reales la hora; en la calle del Infante, un *coche de cristal* cuesta cincuenta y seis reales diarios, veintiocho por una mañana y treinta por la tarde. Hay también extraños omnibuses públicos llevados por un tiro de mulas. Hay un mercado caballar abierto todos los jueves en la plaza del Rastro. Los mercados de comestibles están tolerablemente bien abastecidos: los mejores son los de San Ildefonso, donde los franceses echaron abajo una iglesia, y los de San Felipe Neri y la plaza de la Cebada. Las mejores tiendas están en las cercanías de la Puerta del Sol. Los libros son en Madrid escasos y caros; los que sean aficionados a la topografía y la hagiografía encontrarán una abundante colección en la Biblioteca Nacional, plazuela de Oriente. Entretanto, los mejores libreros son Ranz, calle de la Cruz; Sojo, Pérez, Sanz, calle de Carretas; Mijar, calle del Príncipe; Dennie y Hidalgo, calle de Montera, y Dionysio Carriano, el griego que antes vivía en Sevilla. Para mapas, López; calle del Príncipe. Sastres: Hernández, Puerta del Sol; Vensilla, Carrera de San Jerónimo; Warslet, Red de San Luis; Pascual, calle de Fuencarral; modistas: La Caraset, calle del Príncipe; La Vitorina, calle del Carmen; La Pepita, calle del Olivo. Las mejores tiendas para señoras o tiendas de modas son Ginés y Narciso, García Cachera, calle del Carmen; La Francesca, calle de la Montera, y una en la calle Mayor, enfrente del conde de Oñates. En Madrid, el viajero podrá conseguir un *laquais de place*, animal este que es muy buscado y necesario en las capitales de tierra adentro de España; hay también una especie de club, El Casino, en el que no es difícil ser admitido. El dinero extranjero puede cambiarse en las oficinas del agente de bolsa de la calle Montera y Toledo. Lo mejor es guiarse para estas cosas por el banquero de uno.

Madrid tiene, según Caballero, *Noticias topográfico-estadísticas*, unos doscientos mil habitantes. Está dividido en doce distritos, consta de veinticuatro parroquias y tiene dieciocho hospitales, una Cuna o Casa de Expósitos, una universidad, nueve academias, cuatro bibliotecas públicas, tres museos, una armería, un espléndido palacio, tres teatros, una plaza de toros, treinta y tres fuentes públicas y cinco puertas principales. Los que quieran conocer todos los derechos, prerrogativas y glorias de Madrid deberán consultar la lista de descripciones locales que sirve de apéndice al *Manual de Madrid*, que es una buena guía: su autor, Ramón de Mesoneros Romano, ha publicado también un *Panorama matritense*, tres volúmenes; octavo, 1837; esta *Vida en Madrid* nos lo presenta desde el punto de vista amable del indígena. El coleccionista de topografía española comprará sin duda *Teatro de grandezas*, Gil González Dávila, folio, Madrid, 1623; *Historia de Madrid*, Gerónimo Quintana, folio, Madrid, 1629; *Solo Madrid es Corte*, Alonso Núñez de Castro, cuarto, cuarta edición, Barcelona, 1968; Ponz, *Viaje Iy Discurso sobre varias antigüedades*, Antonio Pellicer, octavo, Madrid, 1791. Madrid ha producido muy pocos grandes hombres, aparte de Lope de Vega, Quevedo y Calderón. La historia de los que han llegado a la mediocridad, llena, sin embargo, cuatro tomos en cuarto, *Hijos ilustres*, José Álvarez Baena, Madrid, 1790; sobre la Provincia de Madrid, la mejor fuente es la pequeña descripción de Tomás López, Madrid, 1763. La guía cortesana anual, *Guía del Viajero en España*, tiene a modo de introducción una buena descripción de la capital. El mejor mapa de Madrid es el publicado por López, calle del Príncipe.